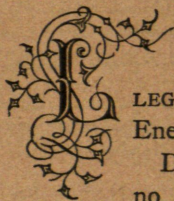




RAFAEL ABARCA

I



LEGARON á Madrid á mediados de Enero del 75.

Don Alfonso XII ocupaba ya el trono de sus mayores, después del golpe de Sagunto.

Los que llegaron y se instalaron en una casa de huéspedes de la calle del Pez, eran tres miembros de una misma familia: Rafael Abarca, su madre doña Dolores, y Elena, su hermana.

Rafael es un joven de veintiseis años, alto, esbelto, de faz morena y simpática, sombreada por negra barba corrida, y animada por grandes ojos

castaños, de mirar melancólico y profundo. Viste sin afectación y con cierto descuido, aunque va siempre presentable con su levita cerrada, de irreprochable corte, y su sombrero de copa, velado á la sazón por tenue gasa de luto.

Es doctor en Filosofía y Letras y licenciado en Derecho; carreras ambas que estudió con singular aprovechamiento en Valencia, y terminó brillantemente en 1872 en Madrid, donde cursó los dos últimos años. Sus padres eran oriundos de la provincia de León; pero Rafael y su hermana habían nacido en Cintia, villa de la de Alicante, que tiene alguna importancia y es cabeza de partido judicial, donde su padre ejerció buen número de años la profesión médica, dejando un grato recuerdo y un nombre respetado.

Doña Dolores Muñoz, viuda de don Joaquín Abarca, es una señora de edad proveyta y regular estatura, de fisonomía bondadosa y apacible, con rasgos de no extinguida corrección. Las prendas de su honestísima indumentaria, al propio tiempo que denuncian la reciente viudez, revelan á la señora del antiguo régimen, con cuyo carácter se armonizan perfectamente sus costumbres austeras, su gusto por las obras de beneficencia y su afición decidida á las prácticas religiosas.

Elena cuenta veinticuatro años. Morena como su hermano, y con abundantes cabellos negros, no

era una belleza de primer orden; pero su rostro, formado de puras líneas y suaves contornos, resultaba en extremo agradable y simpático, merced á la dulzura de su mirar, y á la sonrisa frecuentísima que dibujaban sus labios. Su buen juicio y formalidad, la diligencia y celo que ponía en todos los asuntos de la casa, parecían superiores á su edad. Atendía por sí misma á los pequeños oficios domésticos. Bordaba una camisa con igual primor con que componía un plato de cocina, ó confeccionaba hojaldres y melindres con que agasajar á los suyos en días señalados. A más de esto, hacía las compras para el consumo diario, y hasta, en vida de su padre, llevaba la nota de las visitas y las cuentas de los igualados morosos. Era el verdadero Intendente de Hacienda del hogar; mas en la ordenación de los gastos y en la distribución de los fondos, resultó ella siempre con enorme perjuicio. La carrera de Rafael absorbió, desde luego, lo más saneado y jugoso de los ingresos paternos; pero, lejos de parecerla excesiva la cantidad señalada para sus estudios y atenciones, procuraba aumentarla sigilosamente con las pequeñas sumas que escatimaba al gasto diario, y que nunca figuraron en los libros de la Intendencia de su digno cargo. En cambio, jamás tomó la iniciativa, ni encontró necesario ni urgente gasto alguno relacionado con su persona. Vestía con sencillez desusada en su edad, y no

exigida por su posición, pero sí compatible con la vida retraída que en Cintia observó. Jamás asistió á reuniones, ni tuvo amoríos, ni probablemente se la ocurrió la idea de que pudiera casarse. Verdadera joven de hogar, fué hija y fué hermana antes que mujer. Concentrada en la obediencia y cariño de sus padres, adoraba á su hermano y estaba orgullosa de él. Ni veía más, ni quería verlo. Rafael constituía su amor y su debilidad, y aunque él era un joven de raro mérito, todavía ella exajeraba sus cualidades, á punto tal, que no hallaba con quién compararle. Para Elena, lo mismo que para sus padres, no había inteligencia más poderosa, ni carácter más elevado, ni aun figura más atractiva que la de Rafael. Los triunfos en su carrera, que en verdad fueron merecidos y frecuentes, eran celebrados por la familia con delirante frenesí. Mientras duraron sus periódicas y prolongadas ausencias, no se hablaba, ó por lo menos, no se pensaba en aquella casa más que en el estudiante, ídolo y esperanza de los suyos. Sus cartas, recibidas y abiertas con emoción, eran leídas infinitas veces entre lágrimas de ternura, y comentadas sin cesar hasta la llegada de la correspondencia inmediata.

Estas fervorosas emociones, muy explicables en padres sexagenarios, fueron igualmente sinceras y profundas en Elena, cuyo amor fraternal llegó

á ser un culto. Contemplar á Rafael gozoso y satisfecho; cuidarle en salud y enfermedad; animarle en sus desfallecimientos; verle subir á la posición que reclamaban sus talentos; recibir, por una especie de reflexión física, algún destello de su futura gloria, viviendo perpetuamente á su lado contenta y feliz, tal era el único anhelo, tal la suprema aspiración de Elena.

La instalación de la familia Abarca en la casa de huéspedes fué provisional. El intento era establecerse en condiciones de economía é independencia, abriendo vivienda propia, luego que la encontrasen en sitio conveniente y hubieran adquirido los muebles indispensables.

Al domiciliarse en Madrid, Rafael realizaba la aspiración más constante de su vida, y buscaba en la capital un campo á su actividad, medios de darse á conocer y de crearse un porvenir. Á sus aptitudes y talentos unía una fé inquebrantable en su buena estrella y un ferviente deseo de trabajar.

No traía de Cintia un pensamiento concreto, sino toda una serie de proyectos que se proponía intentar simultánea ó sucesivamente, hasta encontrar el que más asequible ó más conveniente le fuera. Desde que el año 72 hubo concluído su doble carrera, tratábase continuamente en el seno de la familia del camino que Rafael emprendería.

Él se inclinaba siempre á venir á Madrid, donde había pasado dos cursos y no le faltaban relaciones. Sin contradecir resueltamente su padre tal proyecto, dejaba que el tiempo le madurase y las circunstancias indicaran la oportunidad, ó le sacasen de aquella confusión en que se agitaba su espíritu.

La cuestión, grave y espinosa de suyo, tomaba cada día diverso aspecto y obtenía soluciones contrarias en cada nuevo debate.

Á veces pensaba don Joaquín que su hijo no había seguido dos carreras para vegetar penosamente en una villa sin elementos ni recursos, donde sus facultades se enervarían; y que él por lo tanto, no obraba bien aplazando el cumplimiento de las aspiraciones del joven y aniquilando, tal vez, su porvenir, al retenerle demasiado tiempo, influído por temores pueriles y vacilaciones inexplicables.

Al día siguiente, los vientos soplaban de distinto lado y la perplegidad renacía en la mente del anciano. No ponía en duda las excelentes condiciones de Rafael para abrirse paso; pero le asustaban las amarguras de la vida bohemia y sabía demasiado que la suerte, llámese tal, llámese oportunidad ó conjunto de circunstancias, no es una palabra vana, ni deja de influir en el destino de las personas y en el éxito final de las empresas humanas.

Añádase á esto el deseo, bien natural, de dilatar una separación que había de serle tan dolorosa, y se comprenderá que rehuyese el acordarla al fin y, más aún, el fijar día para consumarla. Levantar la casa de Cintia para trasladarse á Madrid con toda la familia, influído por esperanzas que, aunque fundadas, podían no realizarse; renunciar á su titular y abandonar una clientela que le consideraba y le sostenía con holgura, parecía á don Joaquín ligereza impropia de sus años.

Apuntaba algunas veces la idea de que su hijo debería hacer oposiciones á algún puesto de la judicatura, Registro de la Propiedad ó cátedra de Instituto de provincias; mas bien pronto la descartaba, considerando que esto, sobre mermar considerablemente las aspiraciones del joven, que él fué el primero en fomentar, no evitaba, sino que exigía por un tiempo no corto la permanencia en Madrid, donde tales cargos se solicitan y se obtienen, y, á la postre, la probable separación definitiva del que pretendía retener.

En resúmen: don Joaquín se sumergía en un piélago de confusiones en que toda decisión naufragaba á poco de iniciarse.

Entretanto Rafael respetaba, como es justo, las indecisiones paternas. Invertía el tiempo en ampliar sus estudios; colaboraba en los periódicos de la provincia, y dió alguna conferencia á

los obreros, interesándose también en la difusión de la enseñanza y en los progresos de la localidad. Todo proyecto levantado y útil podía contar con su cooperación decidida.

Á pesar de ello, la vida en Cintia le parecía aburridísima y por demás infecunda. No había allí cátedras que regentar, ni movimiento intelectual que seguir, ni asuntos adecuados á su modo de ser. Ni siquiera encontró estímulo para abrir su bufete. Los negocios judiciales eran allí tan escasos como baladíes. Los honorarios devengados en un año por los tres abogados en ejercicio, aun contados por reales, podían escribirse con cuatro cifras.

Por otra parte, en los pueblos pequeños el espíritu es pequeño también. Acostumbrado él á vivir en Valencia y en Madrid; la escasa libertad que se goza allí donde todo se observa y se comenta; la falta de consideración que autoriza un contacto demasiado íntimo, y la inevitable murmuración á que se dedican gentes que no disfrutaban de otras distracciones, molestaban sobremanera á Rafael, que suspiraba por el momento en que le fuera dado marchar á la capital, que le atraía con amoroso halago, sintiéndose con voluntad y fuerzas para realizar en ella lo que él necesitaba: un nombre y una posición.

Y si bien evitaba el manifestar tales ansias por no disgustar á su familia, á quien adoraba, harto

comprendía ésta que no le hacían feliz sus indecisiones en asunto tan importante.

Un suceso desgraciado vino á ponerlas término: la muerte de don Joaquín, ocurrida en el verano de 1874, tras una enfermedad tan rápida como dolorosa. La familia le lloró con amargo desconsuelo, y la villa entera acompañó sus restos hasta el cementerio.

Nada les retenía ya en Cintia. Trascurrido el acostumbrado período de recogimiento y de dolor, realizaron algunos créditos por igualas atrasadas; cobraron el trimestre de la titular, y vendieron el modesto mobiliario. El capital de la familia Abarca, reducido todo á numerario, ascendía á la suma de diez y ocho mil reales próximamente.

Con estos elementos metálicos emprendieron juntos en Enero el viaje á Madrid.

Antes de realizarle, Rafael lo había participado en extensa carta á don Cayetano Miranda, persona muy notable, Magistrado del Supremo, y gran amigo que había sido de su padre.

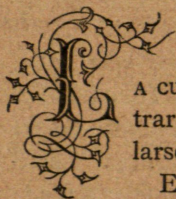
Don Cayetano y su señora los visitaron el mismo día de su llegada. La entrevista fué en extremo cordial. Después de los saludos de rúbrica y de hablar mucho de las cualidades y de la enfermedad y muerte de don Joaquín, la viuda, con lágrimas en los ojos, suplicó á Miranda que guiase la inexperiencia de Rafael, y que concediera á

todos la franca amistad que había dispensado á su difunto marido. Don Cayetano, vivamente afectado, en el acto de despedirse exclamó: «Señora, tengo mucha familia y vivo exclusivamente de mi sueldo: no puedo, pues, ofrecer á VV. recursos materiales que no poseo. Mas, todo lo que un hombre de mis circunstancias puede dar, amistad desinteresada, consejo leal y apoyo decidido, eso, lo pongo desde luego á disposición de Rafael, porque tendré en que lo utilice verdadera complacencia, y porque se lo debo así á la tierna amistad y á la buena memoria de su padre.»





II



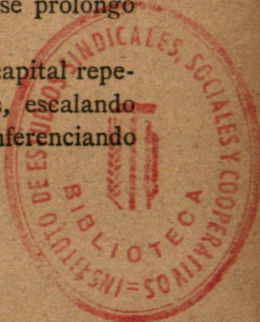
A cuestión preliminar fué la de encontrar albergue definitivo donde instalarse por su cuenta.

Elena y Rafael tomaron á su cargo la faena.

Deseaban una vivienda barata, alegre, en punto céntrico, aunque la calle fuese subalterna, con buena orientación, nueva, si era posible, y, sobre todo, para evitar molestias á la madre, que tuviese pocas y cómodas escaleras.

Tantas condiciones eran en verdad difíciles de reunir. La campaña fué tremenda y se prolongó por algunos días.

Los dos hermanos atravesaron la capital repetidas veces y en distintos sentidos, escalando pisos, preguntando á porteras y conferenciando con administradores.



Volvían á casa á la hora crítica de comer, rendidos y mareados, señalando ventajas, apuntando defectos, abominando carestías y conviniendo en la necesidad de descontar, para abreviar, alguna de las condiciones exigidas.

Por fin encontraron algo que, si no era una mosca blanca, fué, sin disputa, lo más económico, decente y desahogado de cuanto vieran.

Era un entresuelo de la calle de Valverde, que, sobre ser ancha y recta, ocupa una posición céntrica en zona pobladísima.

La casa caía hacia el promedio de la calle, próxima al convento de monjas de Don Juan de Alarcón y con vistas á Levante. Al cabo de pocas y tendidas escaleras entrábase en la habitación, que era coquetona y riente, bien soleada hasta medio día, con numerosos y claros departamentos, gusto en la ornamentación, estuco en las alcobas y agua en la cocina. La experiencia vino á declararla demasiado fría en la estación de invierno, á causa de su misma exposición oriental; pero no pueden exigirse gollerías por diez y siete duros mensuales.

Tras la campaña de la casa vino la de los muebles, que se querían también decentes de aspecto, sólidos de construcción y baratos de precio.

Los dos hermanos emprendieron su segunda odisea. Fueron al Rastro; bajaron á las Américas; recorrieron las calles de Toledo, Jacometre-

zo y Tudescos; y, una cosa aquí, otra más allá, soltando duros y cambiando billetes, lograron adquirir por razonable cantidad los enseres más indispensables á la vida: la vajilla y útiles de comedor y cocina, tres camas, varias colgaduras y un lavabo; cómoda, espejo y sillería completa de reps azul para la sala, y una mesa-despacho, armarios, reloj y media sillería para el gabinete-estudio de Rafael.

El veintisiete de Enero, la familia Abarca, á cuyo servicio había entrado una joven criada, durmió ya en la nueva vivienda. Pagados los gastos del viaje á Madrid, los de pupilaje de aquellos días, el mes adelantado con el de fianza y el mobiliario adquirido, el capital efectivo apenas pasaba ya de las tres mil pesetas.

Los días siguientes Rafael acompañó á su madre y hermana á recorrer los sitios más notables de la capital, y juntos visitaron á la familia de don Cayetano, ofreciéndola su nueva morada.

Él visitó también á algunos de sus conocidos; pasó por la Universidad; se hizo socio del Ateneo, apareciendo en otros centros y reuniones, como para orientarse y tantear el terreno.

El cinco de Febrero, la tarde se presentó triste y oscurecida por densas nubes, que se resolvieron en una nieve fina y penetrante que helaba los músculos.

Rafael no quiso salir y se encerró en su despacho.

Comenzó allí á meditar la situación y sintió una inquietud extraña.

Parecía que el frío de la atmósfera había llegado hasta su alma.

Vislumbró todo lo áspero del camino que iba á recorrer, calculando la exigüidad de los recursos metálicos, que cada día disminuídos, bastarían, á lo sumo, para seis ú ocho meses.

Recordó los temores y las incertidumbres de su padre, que él tanto había deplorado, y admiró el buen sentido del anciano y las sabias reflexiones que le hiciera, pintándole las contrariedades de la vida, lo fatigoso de la lucha y las ironías de la suerte.

Consideró que su carrera, sus viajes y dispendios habían evaporado todos los ahorros de una casa que, de otra suerte, estuviera próspera en su misma medianía.

Vió á su madre y á su hermana expuestas á sus azares y pendientes de su destino.

Se conceptuó jefe de la casa para los efectos de la responsabilidad enorme que asumía íntegra.

Calculó la carga abrumadora que gravitaba sobre sus hombros.

Pasó en un instante, de la ingénita y absoluta confianza en las propias fuerzas, al desaliento más cruel.

Se sintió atribulado.

Ya estaba en el Madrid, objeto de sus anhelos. Ya iba á iniciarse la lucha por la existencia y por el nombre que con tal ardimiento había provocado. Ya no podría dedicarse á asuntos escogidos, por gusto y lucimiento, sino á trabajos que, ante todo, le proporcionasen el pan. Ya todo iba á depender de él, de su conducta y hasta de su suerte.

Su madre, á quien lo debía todo, podía exigir una vejez tranquila y exenta de privaciones. Su hermana, tan virtuosa y tan apasionada de él, tenía derecho á todas las satisfacciones y á todas las venturas de la vida. Le habían seguido sin vacilar, confiadas en su valer, entusiastas de su talento, enamoradas de su persona. ¿Qué iba á ser de ellas en aquel laberinto, lejos del país natal?

Él lo había querido. Había venido voluntariamente á una población donde las necesidades son enormes, y el dinero vale más que en ninguna parte; donde, en medio de quinientas mil almas, se vive en el vacío; donde el trato es superficial y las afecciones mentira; donde nadie sabe nada, ni le importa saber, de su vecino; donde no hay piedad, en fin, más que para los que en la vía pública se atreven francamente á implorarla, proclamando su miseria.

Y su imaginación le reprodujo las verdes colinas y el risueño valle de Cintia; y recordó con amor sus largos paseos, sus antiguas amistades,

y, más que todo, la dulce calma y la confianza libre de preocupaciones con que, meses antes, se calentara al hogar paterno.

Fué aquello como un presentimiento funesto: como una sombra que envolviera de repente su espíritu.

Intentó diferentes veces reaccionar contra aquella postración. Recordó sus títulos académicos y refrescó sus esperanzas, enumerando los distintos caminos que podía emprender su actividad. Se tachó de cobarde, reflexionando que aquello era prematuro; que carecía de razón de ser; porque no se celebran triunfos, ni se deplo- ran derrotas, sino después del combate. Todo fué inútil. No logró desechar por completo la letal influencia.

Se oponían á ello la misma elevación de su carácter, la propia delicadeza de su alma. Á haberse encontrado solo en el mundo, hubiera escuchado, sin conmoverse, los más fatídicos augurios; pero el recuerdo de que su madre y su hermana estaban sometidas á su suerte, descorazonó á Rafael, perturbando su serenidad.

Cuando, ya de noche, le avisaron para cenar, se sentó á la mesa taciturno y sombrío. Apenas probó bocado. La familia conoció en seguida su aflicción; le interpeló cariñosamente; mas, como él esquivara la respuesta, se abstuvo de insistir. Observaron después, que se retiró á su habitación

y que, á las once, aún se paseaba meditabundo por el despacho. Oyeron, por último, que se acostó.

Su sueño fué agitado y diferentes veces interrumpido.

Por la mañana se levantó más tranquilo; y luego de arreglarse y tomar su desayuno, cogió capa y sombrero, marchando en derechura á casa de don Cayetano Miranda, á quien tenía anunciada una conferencia para tratar de sus asuntos.

Quería que aquella conferencia fuese larga, trascendental y concienzuda.

Formó empeño, además, en que se celebrara aquel mismo día, para poner después inmediatamente manos á la obra de su porvenir.

Encontró á don Cayetano disponiéndose para salir de casa en aquel momento; le dió á conocer sus deseos, y acordaron reunirse aquella tarde á las cuatro, hora en que el Magistrado habría ya vuelto del Tribunal.





III



ERA don Cayetano Miranda hombre de recia complexión, proporcionada estatura y aspecto agradable.

Hablaba bien y con gracejo natural, cultivando el chiste y el donaire, porque así petaba á su excelente buen humor.

Tenía clara inteligencia y no escasa nutrición jurídica y literaria; pero, aún más que en el de las leyes y de las letras, sobresalía en el conocimiento de los hombres y de las cosas.

Era lo que se llama un hombre corrido y de mucho mundo, abundante en recursos y sobrado de sindéresis, que había llegado aún joven (pues no pasaba de los cincuenta) al alto puesto que tenía en la Magistratura. Si en bienes de fortuna no prosperó de igual manera, fué porque nunca le preocuparon gran cosa; porque tuvo mucha fa-

milia, y porque no se privaba de lo necesario ni de lo útil, viviendo con toda la comodidad y desahogo que consentía su importante sueldo.

Por lo demás, era un juez recto y un hombre honrado en la acepción más rigurosa de estas palabras, y el sentido moral igualaba en él al sentido comun, que era tamaño como el edificio de las Salesas, que visitaba diariamente.

Tenía, pues, sus facultades en equilibrio, y no podía seguramente Rafael encontrar persona más discreta, ni amigo más leal, ni consejero más competente.

Vivía en la calle del Almirante, cerca del Palacio de Justicia, y, en el momento que nos ocupa, se hallaba esperando al joven Abarca en su estudio, que era espacioso y confortable, repleto de libros y abundante en cuadros y *bibelots*.

No se hizo esperar Rafael, que, apenas dieron las cuatro, apareció en la puerta del despacho, tomando, acto continuo, asiento junto á la mesa, frente por frente de Miranda.

—Venga con Dios, dijo éste, el ilustre bohemio, y desembuche cuanto antes los planes que maquina para conquistar á Madrid.

—No me propongo yo—contestó Rafael—tan alta empresa, porque sé que Madrid está ya conquistado: mas si la fortuna favorece y ayudan amigos tan valiosos como V., aún podremos recoger algo del botín.

—Vamos á ver ¿y cómo van esos bríos? ¿Se encuentra V. ya más animado y sereno? Porque, lo que es esta mañana, estaba V. atroz de desmayado y nervioso. No asamos y ya pringamos, dije yo cuando le oí.

—Confieso, en efecto, que me levanté displicente y mal templado. Padebí ayer una especie de congoja, una pesadilla, algo, en fin, que no puedo explicar, y que me ha hecho pasar mala noche. Pero estoy ya reposado y normal, y vengo dispuesto á tratar la cuestión que tanto me preocupa, y á recibir esas lecciones de vida y *savoir faire* en que, según decía mi pobre padre, es usted consumado maestro.

—Estos meridionales son terribles. Tan pronto parece que se van á comer los niños crudos, como se asustan de su sombra. Es preciso, amigo Rafael, no ser tan impresionable; tener calma, y recibir impávido los arañazos ó las caricias de la suerte. Ahora es V. joven, defecto del cual se irá enmendando con el tiempo; la vida, que es la gran maestra, y, no yo, tan aprendiz como V., se encargará de lo demás, curtiéndole y fogueándole.

—Con tal que en el fuego no me toque alguna bala á cualquier víscera importante, me daré por satisfecho, y aun creo que aprenderé á oirlas silbar como quien oye llover.

—Conque, si á V. le parece, puesto que sien-

te impaciencia por abordar su asunto, entraremos en materia.

—Estoy á sus órdenes, y puede, cuando quiera, plantear la cuestión. Pregunte V., que aquí estoy para responderle.

—Usted tiene concluídas dos carreras. ¿Cuál de ellas ha seguido con más gusto, y cuál practicaría con predilección?

—La de Filosofía y Letras.

—¿Y cuál es el puesto que llena sus aspiraciones, el que más le agradaría ocupar?

—Contestaré sin rodeos. Una cátedra de Universidad ó Instituto, y en Madrid si es posible. Porque una cátedra sería para mí un recurso permanente y fijo; cubriría con su estipendio las necesidades de mi familia; me colocaría en situación elevada y visible, y me dejaría tiempo para dedicarme á otros trabajos útiles ó de lucimiento que ilustrasen mi nombre.

—Muy bien pensado y muy bien dicho. Ó trucha ó no comerla. Así me gustan á mí los mozos, arriscados y valientes, que busquen el corazón y se tiren á fondo sin vacilar. Convengo en que eso sería resolver el problema de una vez, y no seré yo quien le quite tal idea de la cabeza, si á tanto llegan sus arrestos. Mas, concédame V. también, que eso sería comenzar por donde suele acabarse, y que, por grandes que sean sus talentos—y yo me complazco en reconocer que lo son—no

es empresa fácil ni cosa probable que de golpe y porrazo consiga V. una prebenda, á que suelen aspirar personas muy cargadas de merecimientos, ó, á lo menos, con cierto renombre. Las cátedras de la Universidad, y aun las de estos Institutos, si no por la gerarquía oficial, por su notoriedad y por el afán con que se solicitan, vienen á ser en el orden académico, lo que nuestras togas del Supremo en el orden judicial. Algo así como la cúspide, el remate y el ideal de la carrera. Obtienen esas cátedras, ó en concurso de profesores que ya cuentan largos servicios en provincias, ó en oposición muy reñida en que, á más de la competencia que se demuestre, juegan gran papel la notoriedad científica ó política del candidato, la influencia de los que le recomiendan, y hasta el espíritu de secta del Tribunal que juzga los ejercicios. Cierto es que algunos jóvenes de su edad y circunstancias han ganado en buena lid y por su solo mérito el codiciado sillón; pero esas son excepciones que no alteran la regla, y no hay que olvidar lo que valen en este país ciertos trabajos, que no son precisamente de los que figuran en el programa. En todo caso se necesitan ambas cosas y cabe desde luego afirmar, que, sin valer algo, nadie logra una cátedra, por grandes que sean las influencias que le recomienden; y recíprocamente, que, por mucho que valga, todo opositor necesita estar apoyado, para que no le

quiten lo que merece. Sería una lástima, amigo mío, que V. circunscribiera á ese puesto sus aspiraciones, que gastara su tiempo y sus recursos en prepararse debidamente, y que luego, por falta de favor, por presentarse un contrincante de más valer, ó por cualquiera otra circunstancia, se quedara á la luna de Valencia; porque eso, aunque no envuelve ningún deshonor, después de arruinarle, quebrantaría su moral, que es fuerza sostener á todo trance. Eso, aparte de que no es frecuente que en Madrid haya cátedras vacantes, ni oposiciones sobre materias de su predilección. Yo creo que V. necesita una solución más asequible y más inmediata. Bueno que piense y aun se prepare para la cátedra en sus ratos perdidos; mas, repito, que su consecución debe ser el coronamiento y no el principio de sus trabajos. Lo que más ha de acercarle al edificio de la calle de San Bernardo, serán, no lo olvide V., los esfuerzos previos, las obras que escriba, la importancia que adquiera, y hasta las relaciones que consiga. Supongo, amigo Rafael, que V. no dudará del gusto que tendré yo en verle alcanzar la toga del Profesor en Madrid, y después la patria celestial; pero creo que estará V. conforme con mi manera de apreciar hoy por hoy el asunto.

—Lo estoy plenamente—dijo Rafael,—y encuentro atinadísimas sus observaciones, que revelan profundo conocimiento de la realidad. Por

el gusto que sentía al escucharlas, no he querido interrumpirlas. Mas, permítame que le diga que, si he podido pasar por inmodesto á sus ojos, tiene V. mismo la culpa. Usted me preguntó en absoluto, qué puesto excitaba mi ambición, sin distinguir si esta ambición era próxima ó remota; y yo he contestado sencillamente que una cátedra en Madrid; pero no he dicho que la quería desde luego.

—Vamos; veo que retrocede V. y recoge velas. A mí me encantan los bravos, y sentiría mucho que mis palabras le hicieran desistir, ó, por lo menos, relegar *ad kalendas græcas* un propósito que creo perfectamente inspirado, y para cuya consecución considero á V. con alientos bastantes. Mi tema es que vaya V. á su objeto por los debidos trámites; que seamos prácticos, y que *interim* madura la breva magna, veamos también de recoger algunos higos que nos alimenten y sostengan. Quedamos, pues, en que V., cuando llegue el momento oportuno, es decir, cuando cuente con positivas probabilidades de éxito, para no dar un golpe en vago, hará oposición á la cátedra de Madrid, para la que se juzgue mejor preparado.

—Sí señor, ese es mi propósito y la aspiración más constante de mi vida.

—Sobre esto de las aspiraciones constantes y de los ideales cerrados, tengo también algo que

decir á V., y voy á decírselo; Es cosa frecuentísima y casi general en los jóvenes, cuando, al abandonar el Instituto, eligen profesión ó carrera, proponerse una misión en la vida, señalar un objetivo á su actividad, y una meta á sus esperanzas. Esto es tan lógico y racional, que no hay por qué criticarlo. Mas, observo que en la mayor parte de los casos, de tal modo se concreta ese objetivo y se exagera la previsión, que los jóvenes resultan empeñados en un camino que sólo conduce al punto codiciado. Con él sueñan; á él enderezan todos sus pasos, sin que logre distraerles ninguna otra cosa de este mundo. El que se ha propuesto ser médico, no cedería de su propósito aunque de primera intención le ofreciesen una toga en la Audiencia de las Palmas; y el que se prepara para Arquitecto, rechazaría con indignación la promesa de hacerle comandante de la Reserva en cuanto le apuntara el bigote. Esto, cuando no obedece á vocación superior é irresistible, que se da poquísimas veces, no es, ni puede ser acertado. El hombre ignora en la mayoría de los casos qué es lo que más le conviene. Las circunstancias ejercen en la vida una influencia tal, que es pueril y funesto desconocerla. Cerrarse á la advertencia y á la acción de esas circunstancias, constituye, á mi juicio, el error de los que apuntan desde muy lejos, comprometiendo la puntería. Sucédeles á ellos lo que en el orden físico

acontece, cuando miramos un objeto lejano con demasiada insistencia; y es que llegamos á no ver lo que tenemos más cerca, aunque sea más digno de fijar nuestra atención. Claro es que sin un objetivo sólo viven los brutos; porque el ideal es lo que embellece y hace posible la verdadera vida. Mas, de ser el ideal absorbente y cerrado, á ser rectificable y circunstancial, hay la misma diferencia que de ser un testarudo á ser un hombre prudente. Hay que declararse oportunista en todas las materias que no sean de conciencia ó de conducta obligada. Y, aplicando ese criterio al caso que nos ocupa, le diré: tienda V. en buen hora á su cátedra de Madrid; pero sin perder de vista otras cosas que pudieran serle más provechosas ó más asequibles: trace V. una pauta á su actividad; pero en vez de hacer esa pauta de hierro, constrúyala de *cautchout*, que es más flexible y más cómodo. En todos los asuntos que lo consientan, mi divisa se encierra en estas palabras: «Bailar al son que toquen.»

—Me adhiero con toda el alma—dijo Rafael—á tan prudentes lucubraciones, y en prueba de que adopto también esa divisa, opino que nos ocupemos ya de analizar y pasar revista á esas otras cosas que yo pudiera emprender, para que, procediendo por eliminación, nos quedemos al fin con las que haya de ensayar, mientras mi proyecto capital puede realizarse. Al hacerlo, sin

contrariar, si es posible, mis peculiares aficiones, debemos atender, en primer término, á remediar una situación que, si no es apremiante, tampoco es para descuidada. Me refiero al problema individual en su aspecto económico, que es el mismísimo y famoso problema social, aplicado á mi individuo.

—Observo con gusto, querido Abarca, que á pesar de sus idealismos, comienza V. á ser un hombre práctico, que se preocupa de los garbanzos casi tanto como de la filosofía. Me felicito por ello. Si todos los filósofos hicieran lo mismo, el vestíbulo del Areópago se llenaría de coches todas las tardes, á pesar de la protesta que el insigne Diógenes no dejaría de formular. Iniciando, pues, ese programa de asuntos, se me ocurren á primera vista, como propios de sus circunstancias, algunos de los siguientes: un empleo administrativo; ingreso en la judicatura; periodismo militante; ejercicio de la abogacía y la enseñanza privada. Todo ello sucesivamente intentado, y sin perjuicio de que V. hable en el Ateneo, bulla en los círculos, procure hacerse, si puede, su posicioncita política, y hasta se case con alguna marquesa ó baronesa que le aporte diez millones de dote, con lo cual, bien podría V. suprimir casi todos los demás capítulos del programa.

—Pues, si á suprimir vamos, suprima V. desde luego el punto primero. Ni yo sirvo para men-

digar un empleo del Gobierno, ni entra en mis aficiones encerrarme en una oficina para extraer allí expedientes, á las órdenes de cualquier adocenado burócrata. Me sentiría rebajado alcanzando una mísera porción del presupuesto á costa de mi independencia y de la integridad de mis opiniones. Mientras pueda ganar el pan con mis propios esfuerzos, no acudiré á la inmensa olla nacional en busca del sustento de mi familia. La empleomanía tiene perdida á España y la ha convertido en un país de holgazanes. Renuncio desde ahora á firmar una nómina que me parecería un título de pobreza perpetua.

—Me place su arranque fiero, y si he formulado ese proyecto, fué sólo por indicar todos los posibles, puesto que vamos á proceder por eliminación. Estoy conforme con V. en que los empleos del Gobierno, sobre difíciles de alcanzar, son efímeros, contraproducentes é impropios de sus circunstancias. Queda acordado por unanimidad que el Sr. D. Rafael Abarca no solicitará nunca, ni aceptará jamás del Gobierno puesto alguno burocrático, hasta que, tras brillantes campañas, y por puro patriotismo, se le obligue á ocupar, por lo menos, la Dirección de Instrucción pública.

—Queda acordado.

—Veamos si le convendría ingresar en la judicatura ó en el ministerio fiscal. Esos son destinos

de carrera; se obtienen ya por oposición, y no los confundirá V. seguramente con los empleos administrativos, que con plausible altivez acaba de rechazar.

—No señor; no trato de confundirlos; pues hartos se me alcanza la radical diferencia que entre unos y otros existe. Esas plazas, sin embargo, llevan consigo una movilidad que no me seduce á mí, ni deseo para mi familia. Obtener alguna de ellas, equivaldría á renunciar á mi proyecto de cátedra; y, además de todo esto, debo añadir, que la función de juzgar, y más aún la de acusar, por razones personalísimas de carácter, no son cosa que me atraiga ni provoque mi entusiasmo. Dicho sea esto con todo el respeto que tan honorable clase me merece, y sin perjuicio de la admiración y del cariño que me inspira algún magistrado del Supremo, á quien V. conoce.

—Se declara á todas luces inconveniente para D. Rafael Abarca el ingreso en la judicatura. Examinemos ahora si le agradaría más el periodismo militante. Dadas sus aficiones, desde luego puede asegurarse que sí; y, sin embargo, yo apenas me atrevo á proponérselo. El periodismo, aceptado como ocupación diaria, es tarea que fatiga el alma y exprime el cerebro en términos tales, que incapacitan para toda otra ocupación. Sus trabajos anónimos no logran satisfacer al publicista que busca un nombre. No está, por

otra parte, bien retribuído; porque no puede estarlo en un país donde los mejores periódicos se venden á cinco céntimos, de los cuales, dos son para el expendedor, y otros dos valen el papel y la tinta. No puede por lo tanto aceptarse sino como preparación y paso para otra cosa, que suele ser la diputación á Cortes, ó algún Gobierno de provincia. Mas, si trocamos la redacción diaria por la colaboración frecuente; si el señor Abarca, ya en la *Revista de España*, ya en algún meditado folleto, da muestras de su actividad, ilustrando su nombre y haciéndonos saborear los frutos de su ingenio, entonces la cosa cambia de aspecto, y llega á hacerse por completo aceptable. ¿Qué opina de esto el joven publicista?

—Opino que ese es cabalmente mi pensamiento y que no tengo sino suscribir las oportunas frases con que ha sabido interpretarle.

—En vista de tal coincidencia y de tamaña unanimidad, propongo que tomemos una copita de *Chartreuse* y encendamos un nuevo cigarro antes de analizar el ejercicio de la abogacía. Estas cosas del foro hay que tratarlas fumando para que salgan bien.

—Aceptada la copa con resignación, porque no soy afecto á los licores, y con gusto el cigarro, si, como presumo, es compañero y paisano del que acabamos de fumar, que me ha parecido más

aromático que el ámbar y más americano que Monroe.

—Yo no gasto otros, amigo Rafael—dijo Miranda, después de haber llamado y hecho servir á un doméstico el supradicho licor—y no gasto otros, porque en materia de vicios no concibo la economía que, á mi juicio, está en no tenerlos. Conque apure V. su ración y sigamos examinando ese famoso programa, del cual queda ya poco, y lo hemos de concluir ¡vive Dios! esta misma noche, aunque sea prorrogando la sesión.

—Agradezco mucho su interés, y lo único que sentiré es molestarle y causar extorsión á la familia, si altero sus costumbres con tan prolongada visita.

—Nada de eso, *mío caro*. Aquí por costumbre no cenamos hasta las ocho, que todavía no son, ni con mucho. Puede V. estar tranquilo, en la seguridad de que no se desmayaría nadie, aunque esta noche retrasáramos algo la vulgar operación. Conque, vamos á ver; ¿qué me dice V. de la abogacía? Me parece que eso de amparar al huérfano y al pobre, de defender al inocente y de tomar bajo su patrocinio la libertad y los bienes, la honra y hasta la vida de sus conciudadanos, es misión capaz de seducir á un espíritu generoso y un tanto romántico como el suyo. Agregue V. á eso la independencia del abogado, su libertad para rechazar las causas que no crea jus-

tas, los emolumentos que con mediano esfuerzo suelen obtener, y hasta la comodidad de trabajar en su casa, de la que no necesitan salir, sino para realizar sus radiantes apariciones en estrados, y convendrá conmigo en que hay aquí algo fecundo, que un hombre de sus condiciones no puede ni debe rechazar.

—No pienso rechazarlo, por las razones que usted indica y porque en mi situación no se debe rechazar nada que pueda ser conveniente y útil. Declaro, sin embargo, que, aunque estudié el Derecho regularmente, atendí con preferencia á mi carrera de Filosofía y Letras. No he practicado absolutamente nada la abogacía, porque en Cintia son raros los litigios. Me permito, por último, creer que ha estado V. un poco optimista al pintar las ventajas de la profesión.

—No negaré á V. que, en efecto, lo estuve. Los abogados abundan como la mala yerba. Los negocios, en Madrid como en Cintia y como en todas partes, escasean, porque el procedimiento es terrible y los litigantes prefieren la transacción á la contienda judicial. Los pocos asuntos que aún se debaten van á parar á manos de los contados jurisconsultos que gozan gran influencia y elevada representación política, y es, por lo tanto, muy difícil el abrirse hoy un camino en el foro. A pesar de todo, yo insisto en aconsejar á V. que intente algo en este terreno. Si V. no

tiene práctica, muy pronto podrá adquirirla. Cabelmente á mí, por mi posición y relaciones, me será facilísimo colocar á V. en un bufete concurrido, donde, al lado de una de esas eminencias á que antes me referí, entre de lleno en el espíritu y en el manejo de los negocios. Claro es que al principio, y quizá en mucho tiempo, no tendrá allí sueldo, ni otra utilidad que la práctica que adquiera. Basta, sin embargo; porque esa práctica permitirá á V. emanciparse y abrir bufete propio cuando lo considere oportuno.

—Nada tengo que objetar á lo que me dice y quedo á sus órdenes para ser presentado en casa del Papiniano que tenga á bien elegir para que dirija mis primeros pasos en el templo de Themis.

—La presentación se hará más adelante. Por hoy lo urgente es dedicarse á trabajos que rindan inmediatamente los recursos que V. necesita para sí y para su familia. Esos recursos entiendo yo que ha de darlos la enseñanza privada, que es su terreno propio y le ha de servir ventajosamente para prepararse á las oposiciones.

—Efectivamente, la enseñanza privada es la solución más inmediata y más adecuada á mis circunstancias. No será tal vez muy productiva, ni es ésta la mejor época de solicitar plazas en ella; porque estando avanzado el curso, los Colegios deben tener cubierto su personal. Me pondré en campaña, sin embargo, y malo será que

no encontremos algo que nos ayude á sostener y á atravesar este primer período, el más penoso, sin duda, de mi permanencia en Madrid.

—Aprobado y conforme: ¿Cree V. que aún quede alguna cosa de que debemos ocuparnos?

—No señor. Me figuro que hemos analizado todo lo posible, ó por lo menos, todo lo probable.

—Pues entonces, VISTO y SENTENCIA. Por conclusos estos autos y por cerrado el juicio contradictorio habido ante Nos, en averiguación de la marcha que convendría emprender al Doctor don Rafael Abarca y Muñoz, natural de Cintia y domiciliado en esta capital; conocidas sus aptitudes y manifestadas, como han sido, sus inclinaciones y preferencias, fallamos: Que debiendo absolver y absolviendo al mencionado Dr. Abarca de pretender puesto alguno en la Administración, como así mismo de solicitar el ingreso en la judicatura y en el periodismo militante, debemos, empero, condenarle y le condenamos: á darse á conocer como publicista en Revistas y folletos: á practicar después la abogacía, y á dedicarse desde luego á la enseñanza privada, en espera y preparación de las oposiciones, que, con la debida sazón y oportunidad, deberá hacer más tarde para conquistar el puesto de profesor, en Madrid si es posible, y en último caso en provincias. Así por esta nuestra sentencia definitivamente juzgando, lo pronunciamos y mandamos en Madrid, á siete

de Febrero de mil ochocientos setenta y cinco, á las ocho y media de la noche. Se levanta la sesión.

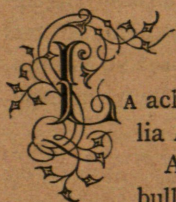
Levantóse también Rafael yendo en el acto á abrazar á D. Cayetano, á quien tributó las merecidas gracias por su interés, por su benevolencia y por la sagacidad y el acierto con que había evacuado la espinosa consulta.

Pasó después á despedirse de la señora é hijas del Magistrado, que le acogieron con singular afecto, instándole á cenar en su compañía. Rafael no pudo aceptar por consideración á su familia, que, cuando le vió volver á las nueve, ya le esperaba impaciente.





IV



LA aclimatación en Madrid de la familia Abarca no fué penosa ni difícil.

Alguna vez, ante el estruendoso bullir de la capital y su falta de relaciones íntimas, sintieron la nostalgia de Cintia, echando de menos su tranquilidad, su clima suave y sus alegres campos, en que el naranjo florece y brota la palmera. Mas, puede decirse que se acostumbraron pronto y soportaron bien la transición.

Doña Dolores, sin perjuicio de sus modestas labores y de las cortas lecturas que aún la permitían la edad y los achaques, se entregó de lleno á sus devociones.

Oía misa diariamente en la vecina iglesia de Don Juan de Alarcón ó en la de San Plácido; y visitaba por las tardes la de San Gines ó el Ora-

torio del Caballero de Gracia. Ni por la arquitectura ni por la grandiosidad llamaron su atención los vulgares templos de Madrid; pero sí la agradaron el recogimiento y la decencia con que el culto se celebraba.

Elena llevaba, como siempre, el timón económico de la casa. Mantenía la limpia como taza de plata, y las ropas blancas y de color crugían nítidas é irreprochables bajo sus hábiles manos.

Acompañada de la sirvienta, hacía frecuentes excursiones á los centros de abastecimiento, y supo en corto plazo cuanto hay que saber en punto á comodidad, conveniencia y baratura, en la adquisición de los artículos de consumo. Tenía próximo el mercado de San Ildefonso, y no lejos el de los Mostenses; pero ella se aventuraba á llegar á menudo hasta los Tres Peces y la plaza de la Cebada, siempre en busca de lo mejor y más arreglado.

Era allí de ver con qué habilidad y diplomacia, dejando esto y prefiriendo aquello, trasteaba á pescaderos, verduleras y carniceros, sacándoles por pocos cuartos la merluza fresca, la salchicha fina, tiernas las coles, y la carne magra y de buen sitio.

Llamábanla ellos la *señorita*, como por antonomasia y excelencia, y, disputándose la agasajaban y distinguían, si en parte por amor al negocio, en parte también por su discreción y gen-

tileza; pero Elena, deferente con todos, jamás se casó con nadie, sino con los fueros y conveniencias de su bolsa.

De sus meditaciones y filosofías sacaba ella la seguridad de que, la compra hecha con precaución y directamente por la persona interesada, es operación principalísima, y capaz por sí sola de acrecer y multiplicar los recursos de una familia.

Encontró, además, que teniendo discreción y tacto para elegir, no era esta plaza tan cara como se había figurado. Llegó de su tierra con la creencia de que en Madrid estaba todo por las nubes, y costaba dinero hasta el aire respirable; mas vió pronto por sí misma, que la diferencia, notable en ciertos artículos, como la carne y las legumbres, era escasa en otros, como el jamón y el bacalao, y nula en algunos, como el tocino y el arroz.

En lo que Elena encontraba grande la carestía é imposible la comparación, era en el alquiler de las habitaciones. Eso sí que comía á la mesa; eso sí que alteraba el equilibrio y constituía, después de la bucólica, el primer renglón y el capítulo más importante del presupuesto doméstico.

Habían elegido su vivienda, después de ver otras muchas; al lado de ellas pareció barata; pero aun así resultaba carísima, en relación con la más capaz que ocuparon en Cintia, por la cuarta parte del precio.

Y murmurando á sus solas de los caseros, maduraba Elena nuevas mejoras en su administración inteligente; perfilaba guarismos en el libro de cuentas, y el dinero crecía elástico entre sus dedos sonrosados y laboriosos.

Rafael, por su parte, bullía diligente y afanoso. Desde el día de su conferencia con D. Cayetano consideró trazada su conducta, y se propuso poner en práctica, una por una, las conclusiones todas que salieron de aquel interesante debate. Comprendió que el Magistrado, sagaz y experimentado como pocos, estimándole verdaderamente, le había aconsejado lo mejor, dentro de lo posible. Si aún le quedaba algún recelo, fué sólo al considerar lo incierto del porvenir, y como ingresaba ya en la temible escuela de la vida, cuyas lecciones, si necesarias y fecundas, son harto más difíciles y enojosas que las que en la Universidad aprendiera.

Recorrió, desde luego, los mejores Colegios de Madrid. Los directores le recibieron con agrado; se enteraron de sus títulos y circunstancias y tomaron nota de su pretensión. La respuesta, empero, fué en todas partes la misma: estaban en pleno curso; tenían completo su personal; no podían colocarle por el pronto; pero le tendrían presente para la primera vacante.

Abarca no se desalentó. Continuaba sus gestiones, apareciendo en todas partes y menudeando

las visitas. En una de ellas, hecha á un profesor de la Universidad, vislumbró un rayo de esperanza. El aludido catedrático, que distinguía á Rafael y conservaba grato recuerdo suyo, tenía cabalmente encargo de designar persona idónea que diese lección particular á un alumno de su clase, á la que, por enfermedad, había faltado algún tiempo. La lección valdría diez duros mensuales, cantidad que no le sacaba de apuros; pero que Rafael aceptó agradecido por deferencia á su profesor y porque le ocurrió en el acto la idea de que á ese repaso seguirían otros que, gestionados con empeño, le ayudarían á conllevar la situación.

Sucedió lo que había previsto. Tras el alumno citado fueron otros dos de la misma clase; y en fin de Marzo reunió hasta cinco que iban diariamente á su casa á recibir lección. No eran todos del mismo año, y la variedad de asignaturas, todas ellas de facultad, imponía á Rafael un trabajo penoso que duraba hasta cuatro horas todos los días. Pero obtenía de ellos una remuneración de cuarenta duros mensuales, y no había motivo para quejarse. Desarrollaba ante sus alumnos las conferencias del día; les facilitaba notas y apuntes; resolvía sus dificultades, y repasaba, en fin, los programas preparándoles para el exámen. Los discípulos le seguían admirados y satisfechos, encontrando suma facilidad en el estudio y sintiendo un estímulo inusitado, que les hizo obtener al

fin de curso notas tan satisfactorias como nunca habían alcanzado.

Mas, con los exámenes se acabó este recurso. El verano se anunció resueltamente con su cortejo de días interminables y de noches espléndidas; y es sabido que, en ese período, la vida de Madrid languidece y desmaya.

Esta crisis anual, semejante á la fiebre diaria del león, infalible y certera, ataca igualmente á las manifestaciones todas de la vida local, que durante ella sufren la atonía y el marasmo. El comercio se postra; las transacciones se paralizan; los centros de enseñanza se cierran; los teatros, terminada mucho antes su campaña, abandonan el escaso público á los circos ecuestres y á los teatrillos de verano; los estudiantes emigran, y la gente acomodada marcha también á los establecimientos balnearios y á los puertos del Norte, realizando el triple objeto de rendir culto á la moda, carenar su salud con la distracción y el descanso, y huir de un calor sofocante y pegajoso, como, dentro de la Península, no le hay ni puede haberle, más que en esa Mancha arenosa y candente que tiene aquí su comienzo y su apoteosis.

Es la época del sudar continuo y de la reclusión forzada; la época de las tertulias cursis en el Salón del Prado, tenidas por la noche bajo un toldo de estrellas, á la luz de unos faroles impo-

tentes para rasgar la pesadumbre de la atmósfera, oyendo el entrecortado cuchicheo de los paseantes, y el rumor alegre y cadencioso de los niños que se divierten. La época, en fin, enervante y triunfadora de los mangueros de la villa, que, armados de colosales jeringas, martirio del transeunte, golpean con ensañamiento y alevosía el abrasado suelo de Madrid con el agua del Lozoya, transformada al caer en caldo hirviente y cenagoso.

El que no cuente con recursos anteriores ó permanentes; el que, durante la campaña fructífera del invierno, no haya previsto la esteril somnolencia del estío madrileño, abominando su letal influjo, suspirará entre sudores angustiosos por el cordonazo de San Francisco.

Abarca sintió, pues, en su ánimo, no menos que en su bolsillo, los rigores de la estación. Pasaba las mañanas en su despacho, y las tardes en la biblioteca del Ateneo. El edificio de la calle de la Montera fué su refugio durante las largas siestas, y en él escribió una interesante serie de artículos literarios, que la dirección de la *Revista de España* acogió con satisfacción, y pagó con la modestia que no la es dado traspasar.

Este fué el único ingreso que Rafael obtuvo durante el verano, y ésta también la primera vez que estampó su nombre en publicaciones de importancia.

A la salida del Ateneo, daba una vuelta por la Puerta del Sol, contemplando en su recinto la desanimación insólita, sólo interrumpida por el rodar de los frecuentes coches y larguísimos ómnibus, siempre cargados de nuevos emigrantes, y siempre en dirección de la calle del Arenal, que conduce á la estación del Norte.

Después solía ir en busca de la familia, y juntos se dirigían hacia los jardines de Recoletos ó hacia las alamedas del Botánico, cuando ya el sol desmayaba entre ópalos y granas, próximo al ocaso.

Volvían á su casa ya anochecido, éllas fatigadas y sudorosas, y él acariciando sus esperanzas y madurando sus proyectos para cuando viniera ese Otoño que tanto deseaba, y que no faltaría seguramente á la cita que tenía anunciada en la sucesión interminable de los tiempos.





V



LEGÓ, por fin, el mes de Octubre, y con él el previsto despertar de la vida de Madrid, que cada día se animaba, recobrando, aparte de los forasteros, los elementos indígenas que volvían, entre desilusionados y engreídos, de las expediciones veraniegas.

Tras una nueva campaña de visitas insinuantes y gestiones fervorosísimas, Rafael había conseguido plaza de profesor, no en uno, sino en dos Colegios de los más serios y reputados de Madrid. Encargóse en ambos de la explicación de la Historia Universal, que le agradaba mucho, y de la Psicología, que era su asignatura predilecta; con la ventaja de dar las clases en uno á continuación inmediata de las del otro, y en los dos por la mañana, que íntegra les dedicaba.

Percibía en junto treinta y ocho duros mensuales; suma bastante inferior, sin duda, á la que él necesitaba para sostener á su familia; pero muy aceptable como base, dado que le quedaban libres la tarde y la noche para dedicarse á otros asuntos.

Contaba, pues, con una colocación de todo su agrado, que ofrecía garantías de permanencia para aquel curso, y aun para los sucesivos, (siempre que él cumpliera tan satisfactoriamente como se proponía), y que, por añadidura, facilitaba su preparación para las proyectadas oposiciones.

Las cosas, como se vé, no empezaban del todo mal. Pensó él enseguida mejorarlas, abriendo, como en el curso anterior, un repaso de asignaturas de facultad, que colmase el déficit de su presupuesto; pero aplazó la realización de este pensamiento que, bueno en sí mismo, no resultaría práctico hasta los alrededores de Carnaval; pues bien sabía Abarca que los estudiantes de la Universidad son gente que no se acuerda de Santa Bárbara hasta que no se anuncia la tormenta.

Mientras tal época llegaba, parecióle más oportuno continuar escribiendo para la *Revista*, y también prepararse para los debates del Ateneo, en los que se proponía tomar parte.

Merecieron ambos proyectos la aprobación de D. Cayetano, como comprendidos que estaban en

el famoso programa que juntos elaboraron. Mas hé aquí que, uno de los caminos eliminados en aquel debate, hubo accidentalmente de ensayarse en aquel mismo curso, y fué el paso momentáneo de Rafael por el periodismo.

Sucedió esto en los comienzos del año 76, á poco de abrirse las primeras Córtes de la restauración, y hemos de relatarlo con algún pormenor, para que resulten bien determinados el verdadero temple de las facultades de Rafael, y el por qué de la marcha que posteriormente siguió.

Tenía Abarca un amigo, instruido aunque superficial, y laborioso aunque algo tarambana; pero amigo, al fin, que le consideraba como superior y había sido coetáneo en la Universidad y compañero suyo de posada en los buenos tiempos de estudiante. Llamábase Federico Bolaños y era de edad poco mayor que Rafael.

El bueno de Bolaños, tras de haberse contado entre los correligionarios de Salmerón, y haber después en los clubs aturdido al mundo con su federalismo y su pacto, en los tiempos de la cantonal, figuraba ahora como redactor del periódico *La Clépsidra*, órgano de una de las fracciones políticas que, enemigas declaradas de la imperante situación canovista, se iban entonces acercando á la monarquía restaurada, y tomando dentro de ella posiciones para aspirar algún día al poder.

El tal periódico era de mediana circulación, pero de los más autorizados y ortodoxos, dentro del partido que representaba. Sus redactores gozaban cierta notoriedad y se creían naturalmente indicados para ocupar el día del triunfo distinguidos puestos oficiales.

Por esta razón, Federico, teniendo necesidad de salir unos días para la provincia de Jaén, donde su familia habitaba, quiso evitar á toda costa la vacante y suplicó á Rafael que hiciera sus veces y desempeñara interinamente la plaza.

Aceptó Rafael con mucho gusto, no sólo por servir á su amigo, sino también por ensayar el periodismo y probar las armas en sus lides.

Presentáronse ambos al director, y, aprobada que fué la propuesta, quedóse Abarca en la redacción.

Ocupaba *La Clépsidra* los pisos bajo y principal de una casa pequeña y de pobre aspecto, en calle harto subalterna, y albergaba en ellos la imprenta y las oficinas todas de plegado, cierre y contabilidad.

La pieza destinada á la redacción era una sala rectangular, con dos balcones á la calle, precedida de un recibimiento bastante oscuro, en que nunca faltaba algún dependiente de la casa, y contigua á otra sala más pequeña en que solía trabajar el director.

El decorado de ambas habitaciones, lo mismo

que el mobiliario y menaje, pasaba ya de modesto, y entraba en la categoría de lo deteriorado y mezquino. La pieza grande tenía en su centro una mesa larga, cubierta de hule, en la cual, y á distancias simétricas, estaban colocados los pequeños vades-carteras, los tinteros de cristal, diferentes vasos para depósito de arenilla y obleas, fosforeras de lata, escalerillas metálicas con portaplumas, tijeras largas y puntiagudas y enormes pilas de cuartillas en blanco. Rodeaban la mesa ocho sillas de madera de haya y asiento de rejilla.

Adosados á las paredes, había algunos divanes de guttapercha deslucida en general, y á trechos desgarrada, y un armario de pino, encerrando la colección encuadrada de *La Clépsidra*, la *Guía oficial* de Madrid, el Almanaque de Gotha, el Diccionario Geográfico y el de la Lengua, un repertorio con las Constituciones pasadas y las leyes orgánicas vigentes en España, y algunos otros libros de consulta frecuente.

Decoraban los muros un mapa grande de la Península, un reloj, y los retratos en litografía de D. Juan Prim y de otros personajes políticos.

Debajo de dichos cuadros, y en todo el largo de las paredes, sobresalían agudos garfios de alambre curvado, en los cuales, taladrados y suspendidos, veíanse los principales periódicos de Madrid, provincias y el extranjero, que cambiaban con *La Clépsidra*.

El mobiliario del gabinete era idéntico, sin otras diferencias que la de ser la mesa más pequeña, y de las llamadas de despacho, y el asiento del jefe, no silla, sino sillón de nogal tapizado con yute.

En este gabinete revisaba el director los trabajos de redacción, inspirando y haciendo coincidir con el suyo el criterio de sus compañeros. Allí recibía á los que deseaban insertar comunicados, exigían rectificaciones ó solicitaban bombos. Y allí también le visitaban los santones y los conspicuos del partido; unos, para hacerle observaciones pueriles; otros, para estimularle á la agresión y á la lucha; y todos para hacerle perder un tiempo precioso y poner á prueba su paciencia.

En los trabajos editoriales, aparte de los artículos de colaboración, le auxiliaban dos de los principales redactores, que, pluma en ristre y plegado el entrecejo, con la mente reconcentrada y los ojos flameando sobre las cuartillas, escribían, entre el humo de frecuentes cigarros, el boletín político y el artículo de fondo, ya explanando por milésima vez el credo de la secta, ya poniendo como digan dueñas á la agrupación imperante.

Otro de los más eximios tenía á su cargo la confección de los sueltos de fondo. Los tales sueltos tenían que ser mortificantes como vento-

sas y penetrantes como flechas. Tomando pie de los sucesos del día ó de los sueltos de otros periódicos, había que oponer la réplica viva y el argumento contundente, constituyendo un fuego graneado de frases y de indirectas, todo con agudeza y con *sprit*, buscando el epigrama y procurando el *calembour*.

La misión especial de este redactor parecía ser la de sacar punta á todas las cosas; á todas, incluso á las bolas de billar.

Otro periodista ejercía de financiero de *La Clépsidra*, y criticaba, por lo tanto, la gestión de la Hacienda, denunciando las dilapidaciones sin número y la rutina dominante. Nuevo Jeremías, señalaba el abismo de la inminente bancarrota, y, oponiendo las salvadoras soluciones de la escuela en que militaba, sabía deslizar, entre los aplanadores guarismos, oportunas alusiones al desinterés de sus correligionarios, inspirados únicamente en su amor al país, y sostenidos por la fe que sonríe, por la esperanza que acaricia, por las circunstancias que indican, y por la necesidad que impone.

Más allá se sentaba un joven que, armado de colosales tijeras, recortaba de otros periódicos sueltos y noticias que iba con obleas fijando en las cuartillas, á la distancia conveniente para intercalar el comentario.

El encargado de la sección amena se distinguía

por su gracia picaresca y por sus chispeantes gacetillas. Hacía también la crónica mundana y algunas revistas de salones; pero jamás fué éste el fuerte del periódico.

No era tan asiduo el crítico literario; mas remitía con frecuencia notas bibliográficas y reseñas de los acontecimientos teatrales.

El papel de Bolaños en *La Clépsidra*, y por tanto el de Rafael, mientras le sustituyera, resultaba triple; pues tenía á su cargo la traducción del folletín, que era una novela francesa espeluznante y tremebunda; la crónica parlamentaria de la alta Cámara, y la revista exterior, que debía publicarse tres veces por semana.

El folletín no ofrecía mayormente serias dificultades; mas no eran tan fáciles las otras dos tareas.

Para la reseña de los debates del Senado, se comunicaron á Abarca las siguientes instrucciones:

Al comenzar la crónica, pintar la situación de la Cámara, si no al óleo, por lo menos á la acuarela.

Llamar, á diario, ilustre al *leader* del partido, elocuentes á todos sus oradores y distinguidos á todos sus adeptos.

Si hablaba alguno de ellos, marcar la expectación, fotografiar el gesto, esculpir el ademán y estereotipar la frase, abultando los efectos ora-

torios y comentando á favor los incidentes.

Al concluir el discurso, derrochar el adjetivo, consumir la hipérbole y arruinar el ditirambo.

Y al cerrar el croquis, aludir á la postración del adversario, á la glosa de los grupos y á la simpatía de las tribunas, señalando algo así como la corona del triunfo y el iris de la esperanza, que flotasen en la atmósfera del salón.

Con respecto á la revista extranjera, la misión aún era más ardua. Para hilvanarla con éxito, había que bucear en los revueltos mares de la política europea, á la dudosa luz de los despachos Fabra y de los diarios franceses más acreditados.

Preludiar la conşabida sinfonía sobre motivos de una nueva guerra franco-alemana.

Debatir la eterna cuestión de Oriente, fantaseando un poquito los secretos de las Cancillerías y haciéndose cargo de las aspiraciones de los pueblos eslavos, de los designios del Czar, y de la decadencia irremediable del Imperio turco.

Enaltecer constantemente la importancia de Bismarck; escudriñar las ambiciones del gabinete británico, y predecir, por último, para plazo muy breve, catástrofes inauditas y acontecimientos enormes.

Todo eso hacía, ó procuraba hacer, Federico Bolaños por veinticinco duros mensuales. Y todo eso hizo Rafael, durante el mes que allí estuvo, con general aplauso y satisfacción vivísima del

director, que de buena gana hubiera cambiado al uno por el otro.

Mas no era conveniente para Rafael la prosecución de tales tareas.

Tuvo siempre alta idea del periodismo y, como á tantos otros jóvenes, la prensa le atraía con fuerza irresistible. La creación de los grandes diarios y su creciente difusión marcaban para él un progreso más seguro y considerable que esos inventos portentosos con que cada día nos sorprende la ciencia. Decía muchas veces que los emperadores más ilustres y los reyes más poderosos de épocas pasadas, no estuvieron nunca, ni pudieron estar tan bien servidos, en punto á medios de información y cultura, como el modesto obrero de nuestros días, que invierte cinco céntimos en comprar un periódico. Por esos cinco céntimos, añadía, se adquiere el artículo que adoctrina, el folletín que distrae, el anuncio que interesa, la gacetilla que divierte y la noticia que informa; noticia que reseña las disposiciones oficiales y los debates de las cámaras, los inventos notables y las novedades científicas, los sucesos ocurridos en lejanos países y las palpitaciones todas de la vida política, comercial, religiosa y artística de los pueblos.

Sentía honda simpatía por los periodistas, obreros incansables de la civilización, que en continua labor ejercida sin gloria y casi sin pro-

vecho, al propio tiempo que satisfacen nuestra curiosidad y sirven á la cultura, contribuyen al encumbramiento de tantos olvidadizos prohombres, menos notables quizá por los propios méritos que por los que la prensa les adjudica.

Mas, no obstante inclinaciones tan manifiestas, no convenía, repetimos, á Rafael continuar en el periodismo.

En primer lugar, la plaza aquella de *La Clépsidra*, ocupóla solamente con el carácter de interino, y tenía el deber de reservársela á su amigo Bolaños, á quien en propiedad pertenecía. Por otra parte, la operación forzada y casi mecánica de vaciar diariamente una cantidad igual de pensamientos en idéntica forma, no se amoldaba por completo á la índole de sus facultades. Escribía muy bien y con suma facilidad; pero nunca le sedujo la improvisación. Más que como escritor fácil y fecundo, brillaba Abarca por la dialéctica invencible, por el escultural relieve de la frase, y, sobre todo, por el fondo de austeridad ética y de singular elevación que sabía imprimir á sus escritos: tendencia muy conforme con su carácter, que sus profesores de la Central acertaron á desarrollar, y que Rafael conservó siempre, tras no pocas rectificaciones de doctrina. No impedía semejante austeridad el culto fervoroso de la forma, ni la magia inimitable del estilo: antes bien, parecían completarse en sus producciones, tan nu-

tridas de ideas como artísticas de expresión. Fantasía de poeta en alma de Catón, su pluma resultaba incuestionablemente más apropiado para el libro que para el periódico. Mas, caso de ingresar en algún diario, antes que *La Clépsidra*, eligiera cualquier otro, de criterio menos cerrado y de menor espíritu de secta.

Demostróle además la experiencia, que aquellas tareas de periodista, algo, al fin, perjudicaban á las suyas de profesor, más tranquilas, y más en armonía también con la vocación invencible de su vida.

Y todas estas consideraciones, enteramente acordes con la conocida opinión de D. Cayetano, le hicieron abandonar el periodismo.

En cambio se dió á conocer aquel mismo curso en el Ateneo como notable orador y polemista de cuidado, comenzando también poco después á frecuentar las reuniones nocturnas de los señores de Menendez.





VI



EN Noviembre del setenta y seis, fijan los cronistas la fecha en que Rafael Abarca comenzó á asistir á las reuniones de los señores de Menendez.

Don Prudencio, que era el jefe de la casa, pasaba ya de los sesenta años, que encubría perfectamente, gracias á cuidados asíduos y á la pulcritud invariable, aunque algo anticuada, de su porte. De pequeña estatura y semblante correcto y un tanto frío, vivía sin ostentación alguna, disfrutando una renta más que regular.

Cuadrábale el nombre á maravilla; porque era, en efecto, prudente cual ninguno, conocedor de la vida, experto en los negocios, cauto en los compromisos, ladino en los tratos, y sóbrio en las afecciones.

Sabía á la perfección los cuartos que tiene una

peseta, y jamás se dió el caso de que él la malbaratase, ni creyera que podía servir para otra cosa que para convertirla en duro, á fuerza de cálculos y negociaciones.

Guardaba admirablemente las formas y nunca hizo nada que no fuese ordenado y regular, según las leyes humanas; mas la ingénita codicia y la economía exagerada, ni en el terreno social, ni en el órden de las consideraciones morales, le permitieron jamás estar á la altura de su excelente posición.

Descendía de la provincia de Valladolid, hacia la parte de Rioseco, y allí vivió dedicado á especular en préstamos y granos, hasta que, enriquecido considerablemente é impulsado á ello por la familia, trasladó á Madrid su residencia, instalándose, no bien hubo triunfado la República, en su morada actual de la calle del Clavel.

Vivía ya retirado de los negocios; mas no quiere esto decir que no aprovechase á veces la oportunidad de hacer alguna jugadita de Bolsa ó alguna compra conveniente.

A poco, cabalmente, de llegar á Madrid, había adquirido en término de Cintia dos magníficas posesiones rústicas, que pronto fué á visitar con toda su familia, pasando en aquella villa una temporada de dos meses. De aquí provenía su conocimiento con Rafael, y la invitación que para frecuentar su tertulia hubo de hacerle su esposa.

Doña Mercedes Blanco de Menendez era una señora gruesa y bien conservada. Discreta, amable y mucho más social que su marido, ya que no la era dado asistir á teatros y reuniones, como hubiera sido su gusto, complacíase en recibir algunos amigos, celebrando en su casa tertulia nocturna, que solía prolongarse hasta las once.

No asistía á ella D. Prudencio, que pasaba la noche en el Círculo de la Unión Mercantil; y su regreso al domicilio conyugal, marcaba de ordinario la señal de la dispersión y el término obligado de las reuniones.

Eran éstas entretenidas y agradables; modestas, pero no cursis. Cursi es el *doublé*, cuando aspira á pasar por oro; el estiramiento, cuando pretende ser distinción; Cachupin, cuando quiere ser Fernán-Núñez.

Mas en las veladas que presidía doña Mercedes jamás hubo pretensiones ni etiquetas. Su carácter fué, por el contrario, de una sencillez casi familiar, á lo cual se prestaba el reducido número de concurrentes.

La noche se invertía en juegos de sociedad; en tocar alguna vez el piano; ó, simplemente, en conversar sobre asuntos de todo género.

Su verdadero encanto estaba en la amabilidad de la dueña y en la gracia sin par de la señorita de la casa, Carmen Menéndez.

¡Oh, la señorita Carmen! ¡Esta sí qué perfumaba el hogar y conquistaba la admiración y la simpatía irresistible de cuantos tenían el gusto de tratarla!

Alta, ni delgada ni gruesa, de cabellos rubios y sedosos, tenía afilada la nariz, pequeña y sonriente la boca, blancos los dientes, aterciopelado el cutis, azules los ojos, flexible el talle y el busto escultural y levantado de las diosas griegas.

Era elegante, en medio de su sencillez; esbelta como un lirio del campo, y seductora con no aprendida seducción.

Se había educado en un Colegio de Valladolid; mas, salida de él, distrajo los juveniles ocios en lecturas que ilustraron su clara inteligencia y enardecieron la fantasía soñadora, dándole un tinte místico y romántico, que era para ella lo que á la flor el perfume.

Muy afecta á las cosas de la religión, mostróse siempre dócil y sumisa á la voluntad de sus padres, á quienes adoraba, lo mismo que á su hermano Andrés, que, más joven que ella, hacía por entonces sus primeros cursos de leyes en la Universidad.

Tenía veintidos años, y, no obstante el retraimiento en que vivía, contó á pares los pretendientes y á docenas los moscones, algunos de los cuales aún continuaban zumbando en torno de su talle gentil. Pero ella, que poseía un alma apa-

sionada, afectaba tener el pecho de mármol, según se mostró de indiferente y esquiva, sin perder por ello la dulzura habitual ni la sonrisa eterna.

Cuando Rafael se presentó en su casa, correspondiendo á la invitación de Doña Mercedes, ocurrió un fenómeno extraño. Carmen y él se habían visto en Cintia; hasta se habían hablado alguna vez, y, sin embargo, ¡misterios de la psicología ó metamórfosis del tiempo! en sólo el trascurso de dos años, se parecieron distintos, completamente nuevos el uno para el otro.

Carmen contempló entonces la estatura aventajada, el rostro mate, la barba negra, los ojos enormes y el continente austero de Rafael; y admiró después la elocuencia natural, el ademán correcto, la música de la voz y el relampagueo de las pupilas del joven cintiano.

Notó opresión en el pecho, y los colores subieron á la faz. Estaba impresionada. Era natural. Aquel árabe no podía menos de impresionarla á ella, que era una Ofelia.

La sacudida es inexplicable, porque fué instantánea. Recató enseguida los azules ojos; comidió la actitud, é hizo esfuerzos violentos por aparecer indiferente y tranquila. No pudo conseguirlo. La impresión fué profunda é inextinguible. La simpatía se manifestó súbita y sin rodeos, terminante y despótica. Escuchó en su interior una

voz imperiosa que decía: «Ahí está el hombre. Ese es.»

Rafael notó la turbación de la joven, sintiendo á su vez algo desconocido en el fondo del alma. Ese algo, no fué sin duda en él tan agudo y violento como en ella; pero sí lo bastante para hacerle perder su calma y el dominio habitual de sí mismo. Expresó los cumplidos de costumbre; tomó alguna parte en la conversación; pero no estuvo tan animado y locuaz como solía. Evitó sobre todo el dirigirse á ella y el sostener su mirada, por miedo á revelar su emoción.

Las noches siguientes volvió á la tertulia. La llama seguía ardiendo en el pecho de Carmen, y, á juzgar por el dulce calor que despedía, ó el incendio aumentaba, ó la bella ponía menos cuidado en ocultarle.

Ya se miraban con insistencia y con deleite, dirigiéndose, entre amables sonrisas, algunas palabras afectuosas de doble sentido; pero Rafael aún no estaba normal. Seguía temeroso y encogido, sin atreverse á formular la realidad de sus sentimientos.

Ella se consumía. ¿A qué espera el cazador cuando tiene delante la presa rendida y humillada, ahita de libertad, y, prefiriendo, antes que huir, la cautividad y la muerte, causada por certero disparo?

Decididamente el filósofo resultaba un doctrino

en materia de amor, de la cual Carmencita podía poner cátedra.

A veces le parecía que las ternezas de Carmen eran solo ilusión de su mente, ó hijas de la urbanidad exquisita de la joven. Otras, por el contrario, juzgaba indudables los signos, é inequívocas las muestras de amor, y casi se asustaba de las consecuencias.

Lo peor del caso es que se veía preocupado con frecuencia, é invadido por el pensamiento de Carmen, que acudía á su mente en casa, en el Colegio y en todas partes con tenacidad invencible.

Pensó seriamente en poner coto á su naciente pasión, y resolvió, con la mayor formalidad, escasear las visitas é irse retirando poco á poco, para no aparecer mal educado. ¡Vana ilusión! Si alguna noche realizó su propósito, estaba inquieto y pesaroso, pareciéndole en su impaciencia que no llegaba nunca la hora de la entrevista siguiente. ¡El infeliz estaba herido en mitad del corazón, y su herida no podía cerrarse aunque huyera hasta el fin del mundo!

El tiempo avanzaba y la dichosa declaración no se producía.

En presencia de la diosa, Rafael se achicaba, y, aunque lejos de ella se enardecía, bien pronto la reflexión moderaba sus ímpetus.

Pensaba que las relaciones, caso de entablarse,

iban á perjudicar sus propósitos y á distraerle de sus tareas más de lo conveniente. La consideración de ser ella rica, que para cualquiera otro constituiría un estímulo y un atractivo más, era para él un obstáculo que lastimaba su susceptibilidad. Le retraía, sobre todo, el recuerdo de su madre y hermana, y, al pensar en ellas, casi se reprochaba como una traición el intentar, en sus circunstancias, unas relaciones que podían llevarle á constituir una nueva familia.

En este estado continuó más de dos meses, siendo tal su incertidumbre y tan varias sus impresiones, que, incomodado consigo mismo, se tildaba unas veces de criminal y engreído, y otras de bobalicón y cobarde.

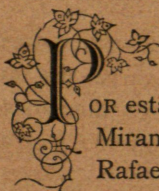
Á haberlo sabido D. Cayetano le hubiera llamado esto último.

Ya veremos en qué paró semejante perplejidad.





VII



OR esta misma época juzgó don Cayetano Miranda llegada la oportunidad de que Rafael comenzase su práctica de la abogacía.

Importaba hacerla con provecho; pues en esa carrera podía Abarca conquistarse un porvenir, y nada pareció mejor que colocar al joven en un bufete acreditado, donde en poco tiempo se empapara en el espíritu y en la tramitación de toda clase de negocios.

Revistando sus numerosas relaciones, fijóse el magistrado, desde luego, en D. Augusto Santón, como jurisconsulto eminente, y muy apropósito para dirigir los pasos de Rafael en la senda del foro.

Era, con efecto, Santón, un letrado de inmensa nombradía, orador muy notable, y político de

los de primera fila y entorchados en la bocamanga. Había sido ministro diferentes veces, y con seguridad volvería á serlo, en cuanto su partido reconquistase el poder.

Su bufete estaba concurrendísimo, y el cúmulo de negocios era tal, cual correspondía á uno de los ocho ó diez príncipes del foro, que absorben en Madrid la gran mayoría de los litigios que aquí se ventilan. Creíase generalmente, que la minuta de sus honorarios arrastraba al cabo del año una suma superior á treinta mil duros; con la cual, con su cesantía de ministro y su sueldo de consejero de varias compañías de ferrocarriles, amén de otros ingresos y prebendas, dicho está lo que su posición tendría de envidiable, por lo brillante y lo sólida.

A Santón, pues, se dirigió don Cayetano, y obtenido inmediatamente lo que deseaba para su recomendado, acordaron que éste se presentara sin dilación.

Para poder asistir á las horas convenientes, tuvo Rafael que trasladar á las tres y media de la tarde las clases que desempeñaba en uno de los Colegios, y el director, que le consideraba mucho, no puso á ello el menor reparo.

Ocupaba don Augusto todo el piso principal de una casa magnífica de la calle de la Reina, con doble acceso al descanso de la escalera; comunicando la puerta de la derecha con sus habitacio-

nes particulares, y siendo la de la izquierda para el servicio de las oficinas y dependencias de su estudio de abogado.

Hallábase el despacho de S. E. en el punto central de la vivienda, y tenía, por lo tanto, comunicación tan fácil con las oficinas, como con los departamentos de familia.

Era una pieza no muy grande, pero alhajada con gusto y esplendidez. El suelo estaba alfombrado con rico tapiz de la Real Fábrica, y las paredes cubiertas de retratos, miniaturas y grabados al agua fuerte. *El bureau* de palo santo macizo, lo mismo que los artísticos armarios, soportaba el peso de una soberbia escribanía de oro cincelado, ostentando además elegantes artículos de escritorio y primorosos objetos de fantasía. Veíase detrás el amplio sillón esculpido con atributos y alegorías de la Justicia, encima del cual, batía los segundos concienzudo péndulo inglés.

La chimenea de mármol, con luna y candelabros en su tablero guarnecido de *peluche*, y algunos sillones de piel oscura, completaban el menaje de la estancia.

Para llegar á ella por la parte de la izquierda, había que atravesar la oficina principal, vasta sala rectangular, con tres luces al patio interior, decorada con estantes para los legajos y hermosas librerías talladas en roble, lo mismo que las

grandes mesas-despacho y las macizas sillas de mullido respaldo.

Contiguo á esta dependencia había un nuevo gabinete de trabajo y consultas reservadas, y, precediendo á ambos, el indispensable recibimiento amueblado con divanes de reps, en el cual los numerosos clientes solían esperar su turno, que llevaba el portero de estrados.

Presentóse, pues, Rafael en el estudio, con la carta credencial de Miranda para don Augusto.

Estaba éste en su despacho envuelto en la amplia bata, y ceñida la cabeza con el clásico gorro bordado con hilo de oro sobre terciopelo azul. Recibióle grave y solemne, estimulándole á la exactitud y al trabajo, únicos caminos, según él, para llegar á la notoriedad y á la fortuna.

Llamó acto continuo á don Tomás Vinuesa, jefe del personal facultativo, y le ordenó facilitarse al joven el medio de aprender la práctica forense, y le considerase en adelante como un nuevo oficinista de la casa.

Inclinóse Vinuesa ante aquel mandato, y llamando á Rafael al salón principal, le indicó un velador henchido de tremendos legajos diciéndole:—Ahí tiene V. expedientes que puede hojear con provecho.

Y no ocurrió más en aquel día, ni en otros muchos que pasó Abarca leyendo y registrando aquellos abultados mamotretos, sin que nadie le pre-

guntase por su salud ni le dijera la menor palabra.

Había allí piezas jurídicas de todos géneros: juicios civiles ordinarios, autos ejecutivos, causas criminales, recursos de casación, demandas contencioso-administrativas, pleitos de menor cuantía, interdictos, desahucios y expedientes canónicos que se tramitaban en la Rota.

Rafael, inclinado sobre los autos, engullía alegatos y devoraba folios, invirtiendo en tan sabrosa operación las horas que allí permanecía.

Cansábale á veces la monotonía de la jerga forense, y hastiado del formulismo curialesco, poníase á observar lo que pasaba en las oficinas.

Veía llegar en ordenada sucesión Procuradores que, trayendo nuevas piezas litigiosas, se llevaban las ya despachadas; litigantes que querían informarse del estado de sus asuntos; personas de toda clase y condición que venían á consultar puntos de derecho, y dependientes de otros Procuradores que dejaban volantes anotando el auto dictado, la providencia recaída, la promoción de tal incidente y el señalamiento de vistas en los diversos negocios.

Todas esas gentes se entendían directamente con Vinuesa, que á todos atendía y despachaba con prontitud y agrado, como hombre experto que posee al dedillo los más pequeños pormenores del complicado centro donde presta sus servicios.

Algunos clientes que por relación particular, por la transcendencia del asunto, ó por empeño decidido, querían consultar con el jefe, eran introducidos en el despacho, y don Augusto evacuaba con brevedad la consulta, llamando á veces á un subalterno para decirle lo que procedía.

Si el dictamen había de emitirse por escrito, Vinuesa se encargaba de redactarle, llevándole después á la firma de Santón, que la estampaba asimismo en las demandas, réplicas y alegatos, en los cuales toda su colaboración se reducía á alguna advertencia innecesaria, á algún punto de vista especial, ó á alguna enmienda baladí.

Rafael comprendió en seguida que Vinuesa era un letrado de punta y el alma verdadera de aquel bufete.

Poseía, en efecto, vastos conocimientos jurídicos, certero punto de vista en los negocios, y una expedición y soltura en el despacho, que eran realmente de envidiar. Hería las dificultades en la cresta y, sentado en el escritorio, era una máquina de fabricar pedimentos, dictámenes y alegatos, que luego se encargaba de firmar el olímpico don Augusto.

Cobrava veinte mil realés anuales de sueldo y tenía por auxiliares, á un señor Martínez, abogado también de valer y gran conocedor del procedimiento, que percibía doce mil reales; al señor Gamboa, que arrimaba el hombro por puro amor

á la profesión, ó por congraciarse tal vez con el ex-ministro, y á otro jurisperito novel que hacía allí su práctica en idénticas condiciones que Abarca.

Santón distribuía los asuntos según las aptitudes de cada cual; les daba sus instrucciones, firmaba los documentos, cobraba las minutas, iba y venía de uno á otro despacho y evacuaba algunas consultas orales, reservándose los informes ante los tribunales superiores, que eran la parte atractiva y brillante de la profesión.

En realidad, no tenía tiempo para otra cosa. Levantábase tarde, porque trasnochaba mucho. Las últimas horas de la mañana pasaban en los quehaceres indicados, cuando no los interrumpían atenciones de familia, la visita de alguna encofetada dama, ó la conferencia con algún prohombre del partido, de que rara vez se vió libre el despacho. Después del almuerzo hojeaba los periódicos, cuando no tenía vista en estrados, asistiendo luego como diputado á la sesión del Congreso. Por la noche acompañaba al Real á la familia, recibía á sus amigos políticos ó iba él mismo á la tertulia del jefe. De manera, que con el trabajo personal de Santón no hubiera podido despacharse ni la vigésima parte de los asuntos que autorizaba.

Aun los informes ante los tribunales los hacía en condiciones especialísimas que á pocos es dado

reunir. Encomendaba, desde luego, á Vinuesa las vistas ante los juzgados de primera instancia, la mayoría de las causas criminales y los asuntos civiles de escasa entidad. Él acometía únicamente los negocios gordos ante la Audiencia, los recursos en el Supremo y los informes ante el Consejo de Estado. Ni Santón se preocupaba de la tarea hasta el momento preciso, ni tenía que molestarse gran cosa en su preparación. Los subalternos se lo daban todo arregladito y dispuesto; le enteraban rápidamente de la cuestión, y resumían los hechos, entregándole anotadas las disposiciones vigentes sobre la materia, y abiertos por el oportuno folio los Códigos legales.

Con tales elementos, reunidos en ligero apunte que metía en el bolsillo, marchaba el prohombre á las Salesas, reclinado en el coche que el Procurador tenía siempre dispuesto, y en el cual, durante el cortísimo trayecto, meditaba Santón el discurso que iba á pronunciar.

Ese era el aspecto y ese el mecanismo interior de las oficinas forenses de don Augusto, que Rafael estudió durante los quince primeros días de su asistencia á las mismas, sin que nadie le hiciera el menor caso, ni le encomendara otra misión que la de atiborrarse con la lectura de indigestas piezas jurídicas.

La tarea se iba haciendo enojosa, y Abarca se disgustaba, juzgando, y con razón, que, por ca-

mino semejante, no llegaría nunca al objeto apetecido. Si hacen lo mismo, decía en su interior, con todos los principiantes, no hay duda de que, con tan luminosas lecciones, saldrán aprovechados los jóvenes juristas.

Desconfiando ya de que su situación tuviera un término satisfactorio, decidióse á tomar la iniciativa para cambiarla. Se acercó, en efecto, al señor Vinuesa y, con excelentes modos, pero con entonación resuelta, le dijo:—He leído ya aquellos autos, y me creo empapado en el formulismo jurídico. Deseo ahora tomar parte activa en los negocios, para hacer mi práctica y auxiliar á ustedes. Le suplico, por tanto, me encomiende la redacción de algún escrito de escasa importancia, cual conviene á un principiante como yo.

—Me felicito—contestó don Tomás—de sus buenas disposiciones para el trabajo; y á fe que no ha de venirnos mal el refuerzo de su colaboración en estas circunstancias. Aquí tiene usted datos y apuntes para una demanda ordinaria. Atrévase V. con ella, y pregunte cuanto se le ocurra.

—Muchas gracias, dijo Rafael. Procuraré extenderla lo antes posible.

—Tómese V. todo el tiempo necesario, replicó Vinuesa, para hacerla bien y con calma. El escrito es inicial y ninguna prisa corre su presentación.

Cogió Abarca el pliego de notas y, después de estudiarle detenidamente se puso á redactar el documento pedido. Era una demanda de mayor cuantía sobre validez é interpretación de un contrato de compra-venta. Invirtió en él las horas de oficina, y guardóle después para seguir trabajando en su casa por la noche. Á los cuatro días le había terminado.

Antes de presentar numerados los hechos y los fundamentos jurídicos, como quiere la ley procesal, Rafael narraba los antecedentes del asunto, su historia, conducta de la parte actora y razones que la asistían, temeridad de la contraria y demás circunstancias del caso, con tal vigor de razonamiento, exactitud de exposición y galanura de formas, que aquéllo había que paladearlo como el vino de Málaga.

Resultó algo más que un alegato jurídico, razonado y elocuente. Resultó un documento irrefutable y una obra de arte.

Rafael entregó el proyecto al señor Vinuesa, que le leyó dos veces con fruición y sin levantar cabeza.

Estaba encantado del autor y de la obra.

¡Vaya un muchacho de provecho! se dijo; y ¡vaya una lógica, y un sentido común y una sintaxis que me gasta el mozo para todos los días! ¡Con qué habilidad se insinúa, y, con qué candor, el taimado, afectando ¡que se va á caer,

clava el puñal hasta la cruz! ¡Lástima da pensar que un escrito como ese, sólo van á mirarlo por encima contadas personas, incapaz alguna de ellas de saborear sus bellezas!

Llamó luego á Rafael y le dijo: la demanda está bien, demasiado bien, amigo Abarca; porque ni el asunto merece tal *tour de force*, ni entre nosotros se prodigan esos primores que brillarían más en un discurso académico, que en este áspero y horrible papel sellado que hasta la tinta rechaza, y que está llamado á pudrirse en los archivos judiciales. De todos modos, confieso que el escrito es admirable, y veo que es V. hombre de entendimiento. Le felicito por ello, y procuraremos en adelante utilizar sus dotes.

Abarca agradeció en el alma los elogios de don Tomás, y desde aquel día colaboró, en efecto, en numerosos asuntos, sin excluir los más delicados.

Quando Vinuesa presentó á la firma la demanda escrita por Rafael, llamó sobre ella la atención de don Augusto, ponderando su mérito.

—Hombre, me alegro—contestó Santón,—ya la leeré si tengo tiempo.

Y, con efecto, no debió tenerle... porque no la leyó.

En cambio Vinuesa cobró desde entonces singular afecto á Rafael. Se hicieron amigos y, no contentos con estar juntos las horas de oficina, solían verse algunas noches en el café de Lisboa,

del cual don Tomás era asiduo parroquiano.

Luego que Abarca conoció la marcha y las interioridades todas del bufete de don Augusto, admirado de su increíble fortuna y del sistema con que Santón conseguía que, gravitando el trabajo sobre los demás, refluieran en él la celebridad y el provecho, quiso estudiar también las facultades oratorias del coloso, apreciando por sí mismo el mérito y valor de los informes orales que aquél se había reservado.

—Quizá sus oraciones en el tribunal—se dijo Rafael— justifiquen la prosperidad y la fama. Indudablemente, allí está el secreto de los Dioses.

Y se propuso seguir, y siguió, en efecto, á don Augusto al Consejo de Estado y al Palacio de Justicia, siendo por varios días espectador oculto y oyente devotísimo de sus arengas forenses.

El espectáculo fué siempre el mismo. Desde que Santón ponía el pie en las Salesas, rodeábase una aureola de importancia y de respeto. Los ugieres abrían las puertas y se inclinaban ante su paso. Tomaban después el abrigo y le vestían cuidadosamente la toga.

Los magistrados le acogían también con satisfacción y deferencia. Introducido en la sala de descanso, fumaba con ellos algún cigarro; comentaba las noticias del día, y solía oír halagüeñas alusiones á la próxima exaltación de su partido.

Luego, en el salón del Tribunal, cuando tocaba hablar al prohombre, comedían los togados la actitud, y, dejando el dormitar para ocasión más oportuna, le miraban fijamente, suspensos de aquella palabra que afectaban recoger íntegra y apreciar en su enorme valor.

Se engañaría mucho quien, de tales demostraciones, dedujera espíritu de parcialidad ó de injusticia en los íntegros magistrados. Hay cosas que se hacen, porque sí. Están en la naturaleza y flotan en la atmósfera. Por eso el contagio es tan fácil como difícil la explicación. Don Augusto gozaba una reputación colosal, y ante ella surgían espontáneos determinados homenajes.

Los señores del margen son hombres al fin, y hombres educados. ¿Quién les reprochará su excepcional cortesía hacia el exministro que refrendó, quizá, su promoción á la magistratura, aun no contando que podrá, tal vez, antes de mucho, decretar el codiciado ascenso?

Lo cierto es que á Santón se le oía en estrados como no suele oirse á los demás mortales; y, eso que, en la mayor parte de los casos, parecía difícil justificar la espectación.

Cuando el negocio era muy grave y don Augusto se preparaba, fluía abundante su erudición legal y daba indudables muestras de un talento preclaro, que no es cosa rara, ciertamente, en los juriconsultos españoles.

Pero eran contadísimos los días en que Santón oficiaba de pontifical.

Empezaba ordinariamente por encomiar la importancia de la cuestión y su extremada sencillez, gracias á la cual, él tendría que molestar muy poco la atención de la Sala. Exponía después los hechos en sus rasgos salientes y mirando al papel, como quien desconoce el pormenor, ó le cree indigno de su genio sintético. Citaba después leyes y sentencias, interpretándolas con autoridad, y aducía, por último, consideraciones jurídicas, ó innecesarias por lo sabidas, ó inadmisibles por lo audaces.

Todo ello con premiosa lentitud; como quien improvisa lo que dice; con un énfasis y un calor impropios del vacío de la Sala, y oyéndose y gesticulando con presunción que rayaba en impertinencia.

Concluída la oración, esforzábese Rafael en buscar en ella algún relámpago de genio, algo, en fin, nuevo ó notable, digno de la celebridad asombrosa de don Augusto.

Y no encontrándolo, el miope, en aquel océano de palabras, juzgaba empresa más fácil extraer del lecho de los mares los tesoros en él depositados por los célebres galeones de Vigo.

Después de oír á otros muchos oradores, y previas las oportunas comparaciones, calculaba Abarca en *trescientos* los abogados de Madrid,

que serían, sin duda, capaces de hilvanar en tres cuartos de hora los informes ordinarios de don Augusto y de exponerlos al tribunal, con algo menos de empaque y alguna más concreción al asunto.

Este favor inmerecido, y estos que él llamaba «caprichos inexplicables de la suerte,» disgustaron á Rafael, que tenía muy desarrollado el espíritu de justicia, y conocía además á muchos jóvenes letrados, llenos de ciencia y de talento, que se agitaban mustios por los claustros de las Salesas, faltos de ocasión en que demostrarlos.

Habló de ello alguna vez con Vinuesa en las nocturnas expansiones del café de Lisboa; y el escabroso tema vino á adquirir nueva oportunidad, al tratarse más adelante de la situación económica de Rafael.

Llevaba ya éste diez y seis meses en el bufete de don Augusto, y trabajaba allí como el que más, interviniendo en toda clase de negocios. Parecía ya natural que percibiese un sueldo, y varias veces, Vinuesa se atrevió á hacer á su jefe transparentes insinuaciones en ese sentido.

Don Augusto se hizo el remolón. No había tenido hasta entonces más que dos empleados retribuidos, y como el despacho marchaba, no le pareció, sin duda, cuerdo el alterar las venerandas tradiciones de la casa, habiendo tantos amigos que se prestarían á trabajar por amor al arte y por adhesión á su ilustre persona.

Rafael no estaba en ese caso. Tenía una familia que sostener, y el despacho aquel le ocupaba las horas más provechosas del centro del día. Pensó adoptar una resolución de acuerdo con don Cayetano: mas quiso antes inquirir el parecer de Vinuesa.

Indicó éste, sin ambages, que había perdido la esperanza de que Santón accediera á señalar un sueldo, y que, en todo caso, éste resultaría mezquino y devengable solo desde más adelante.

—¿Cree V., en virtud de eso—preguntó Abarca—que, dadas mis necesidades y circunstancias, debo intentar hacer algo por mi cuenta en el terreno forense?

—El problema es grave; pero no le rehuyo—dijo don Tomás.—Contando con su talento y con que le ayude la fortuna, no diré yo que, andando el tiempo, no llegará V. á vivir de la profesión. También los albañiles viven de la suya. Mas afirmo, y bien quisiera equivocarme, que, tales como están las cosas, el bufete en Madrid no es para V. solución satisfactoria, ni mucho menos inmediata.

—No soy ambicioso—repuso Rafael—y por algo hay que empezar, como habrán empezado, sin duda, los que hoy dominan el foro.

—Desengañese V., amigo Abarca; en esa manera de empezar que V. indica, se halla el germen del porvenir. De abrir el bufete modesta-

mente, aunque con mucha actividad y muchas dotes, á abrirle á toque de tambor, después de haber pronunciado en el Congreso cuatro discursos retumbantes, hay la misma diferencia que de emprender un viaje á París en el tren express á verificarle en carromato. En España la política lo absorbe todo, y sólo ella proporciona una atmósfera bastante densa para no ahogarse en ciertas alturas. Esa notoriedad política que en España viene bien para todo, incluso para vender con éxito azucarillos, la creo yo indispensable para el ejercicio provechoso de una profesión tan pública como la nuestra; sin que sea esto negar algunas rarísimas excepciones, que no amenguan el valor de la regla. ¿Sabe usted por qué no me he emancipado yo, tiempo hace, de don Augusto? Pues, sencillamente por que, con todas las condiciones que V. se empeña en atribuirme, creo que me sería muy difícil sacar al bufete propio los veinte mil reales que él me da.

—¡Hombre; no diga V. eso, por Dios, donde nadie le oiga!

—Lo digo, y lo diré, replicó Vinuesa, hasta que se enteren los sordos.—Yo sería el mismo—claro está—en un despacho que en otro; pero lo de menos para el caso son mis facultades personales. Si D. Augusto tiene á cientos los litigios, débelo á su importancia política y á su carácter de ex-mi-

nistro. Se busca en él á la influencia poderosa; no al jurisconsulto eminente. Yo mismo, si me encomendara un asunto muy grave y muy discutible persona de mi aprecio, la diría sin rodeos: lleva ese negocio tan espinoso á Santón; pues aunque me consta la integridad intachable de nuestros tribunales, tiene él la voz más potente y se oye mejor que la mía, bajo las bóvedas de las Salesas. ¿Debe Santón rechazar los litigios que con tanta abundancia le buscan? Bien tonto sería. ¿Tiene él la culpa de que el mundo le crea una eminencia en el foro, porque en política resulta un personaje, y porque ha hablado cincuenta veces en el Congreso? No. La culpa no la tiene él. La culpa la tiene el país, que todo lo subordina á la política, y que no sabe vivir sin figurones y sin ídolos. La culpa también la tiene, quizá, la ley, que permite á los ex-ministros, especialmente á los que se han alojado en la calle de San Bernardo, el ejercicio de una profesión tan delicada y tan *sui generis*. Los resultados los estamos viendo y los lamentan á grito herido los abogados de Madrid. De mil que hay en ejercicio, catorce exministros nadan en la opulencia; sesenta, también políticos y diputados, viven bastante bien; otro centenar anda á rabo de borrega: y, los demás no sacan para pagar la contribución. Triste es el cuadro, amigo Abarca; pero yo no puedo desfigurar ante sus ojos, lo que me dictan mi experiencia y mi

razón. Afortunadamente, el mundo no se acaba aquí, y á V. le sobran facultades y genio para brillar y encumbrarse en otras esferas. Marche V. hacia ellas y vivirá mejor y más tranquilo. Esa es, al menos, mi opinión.

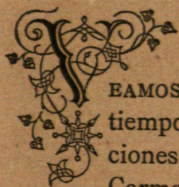
Á Rafael le hicieron profunda mella las pesimistas apreciaciones de Vinuesa.

Meditó sobre ellas algunos días, y, encontrándolas conformes con la triste realidad de los hechos, determinó en consecuencia retirarse del estudio de la calle de la Reina, no sin haber obtenido la aprobación previa de Miranda, y dado á don Augusto expresivas gracias por los excelentes medios que, con el despacho de sus negocios, le facilitara, para conseguir la ya adquirida práctica forense.





VIII



VEAMOS ahora lo ocurrido durante ese tiempo en el asunto capital de las relaciones de Abarca con la preciosa joven Carmen Menéndez.

Después de aquellas vacilaciones angustiosas, de que dimos cuenta oportunamente, sucedió lo que no podía menos de suceder: que el corazón venció á la cabeza, y que, desvanecidos los escrúpulos y pulverizados los sofismas, Rafael, aventurándose por la vía musical, entonó en noche memorable la dulcísima *cavatina* de un amor que ya se desbordaba, y que Carmen escuchó con una delectación y un éxtasis de que no hay ejemplo en los fastos eróticos, desde que nuestro padre Adam requirió de amores á la rubia Eva.

La *diva*, como es natural, contestó con un aria en *sí* sostenido y de pecho, y, si no saltaron las

esferas, inundóse de gozo el alma del tenor, sonrieron los querubes, y aun los concurrentes á la tertulia, bien que no oyeran los divinos ecos, debieron, por lo menos, sospechar la corriente armónica que quedó *ipso facto* establecida entre los dos enamorados cantantes.

El amor dejó de ser aspiración platónica, para convertirse en realidad dichosa. Las relaciones surgieron desde luego tiernas y apasionadas, cual convenía á aquellas naturalezas vehementísimas.

Él era romántico, y ella mucho más. Él, un idealista que soñaba con la luz increada; y ella, una alondra que ascendía sin cesar hasta bañarse en el éter. Él, una alma virgen imbuída de lo sublime, y ella, un corazón ardiente forjado á vivo fuego con sustancias volcánicas.

Por lo mismo que el suceso había sido largamente esperado, trataron los jóvenes de rescatar el tiempo perdido, y la intimidad creció vigorosa, como crece el sauce en el terreno fresco que le es adecuado.

Aquello fué al vapor. A los tres días de la célebre *soirée* musical, los amantes ya se tuteaban. A los ocho, se hacían confidencias y se confesaban mutuamente, creyéndose obligados á darse cuenta recíproca de los actos, de los sucesos y hasta de los pensamientos del día. A los quince, juzgando mezquino y á todas luces insuficiente para sus deliquios amorosos el espacio de dos

horas que la tertulia duraba, acordaron establecer una nueva comunicación telegráfico-visual, que funcionaba con toda regularidad dos veces al día: al ir Rafael por la mañana al estudio de la calle de la Reina, y al regresar del mismo á las tres de la tarde.

Levantado el visillo, traslucíase á esas horas el risueño semblante de Carmen por el cristal del balcón; y el filósofo, que precisamente atravesaba entonces por la acera opuesta de la calle del Clavel, dirigía los ojos á la etérea altura, devorando con ellos las amables sonrisas de la bella.

Solía parar en el portal de enfrente para encender el cigarro; pero éste, rebelde y contumaz, precisaba por lo común media caja de fósforos, no permitiendo seguir la marcha, hasta que, por último, se consumía entre fulgores menos brillantes que los que abrasaban el alma de su dueño. Avanzaba él lentamente á lo largo de la calle, siempre con la vista clavada en el balcón, y desaparecía por fin tras de la esquina, previos los expresivos saludos con la mano á la rubia beldad, que los devolvía duplicados.

Reaparecía algunas veces, después de momentáneo eclipse, y, desandando la calle, se daba el inaudito placer de recorrerla de nuevo, con idénticas estaciones é iguales maniobras telegráficas.

Y, si bien los vecinos, para desgracia de la historia, no llevaron nota circunstanciada de la fre-

cuencia con que esto sucedía, manifiestan desde luego con absoluta unanimidad, que nunca se dió el caso de que Rafael tardara en recorrer dicha acera menos de veinticinco minutos.

En las entrevistas nocturnas de la tertulia había que velar los entusiasmos y proceder con cautela, ya por respeto á la mamá, ya por consideración á los concurrentes, entre los cuales, asiduo y tenaz, figuraba algún candidato desairado á la mano de Carmen. La diplomacia se imponía, y los amantes se arreglaban bastante bien.

Sin perder el hilo de la conversación general, en que terciaban de continuo, tenían apartes dulcísimos, ó se entendían con la vista, órgano obligado de su comunicación.

Cuando Carmen se sentaba al piano, acudía Abarca para volverla las hojas, y, dirigiéndose allí las frases tiernas y los apóstrofes dulcísimos, resultaba aquél el momento más provechoso de la noche.

Volvían después á sus antiguos asientos y al tema colectivo que Rafael dilucidaba con aparente interés y tan serena calma, que conseguía por el pronto desorientar á la concurrencia, ya recelosa y prevenida. Carmen oía extasiada al conferenciante insigne, á quien consideraba también como escritor sin rival, desde que, en las horas perdidas, se dedicó á leer sus artículos y trabajos literarios.

Entregado á la prosa vil que requiere la metafísica y exigen las conveniencias forenses, Rafael, no había hecho versos en su vida; pero los hizo entonces, para cantar á su amada, á quien gustaban mucho.

Fuerza es confesar que resultó un poeta algo trasnochado, que derramaba en endechas, fragmentos y fantasías, un lirismo sentimental, propio del año 37, cuando los vates usaban melena, y se nutrían con odas y orientales, concluyendo por pegarse un tiritito en la frente, con cualquier pretesto baladí.

Los tales versos eran, eso sí, armoniosos y bien cortados; pero imbuídos de un convencionalismo asaz melancólico y dulzón, sin que faltasen en ellos, entre las apologías de la diosa, las inevitables alusiones al desmayar del crepúsculo, y á las últimas congojas del Fénix; al trino del ave, y al susurro del viento en la enramada; y al cabrilleo de los astros, y al rielar de la luna en las azules ondas.

Aquello, en fin, fué un idilio que poetizaba su existencia, aunque exaltándola en demasía. Teniendo en cuenta que la situación debía prolongarse mucho tiempo, á causa de las circunstancias especiales de Rafael, preciso es reconocer que la temperatura empezaba demasiado alta, y las notas del concierto amoroso sobradamente agudas.

Pero hay seres que aceptan con gusto lo ex-

cepcional, y aun lo violento, si va impregnado de idealismo, y esto aconteció y sostuvo á los amartelados amantes.

Doña Mercedes—innesario es advertirlo—se enteró enseguida de cuanto ocurría. Nada dijo por entonces á su esposo, ni pensó nunca contrariar los sentimientos de Carmen, limitándose á contener un poco la exaltación de la joven, con tanto disimulo como prudencia.

Pero en el fondo de su alma, aplaudía una elección que consideraba acertadísima, atendiendo á las ventajosas condiciones de Abarca.





IX



AMBIÉN Elena se apercibió pronto de que algo importante absorbía el pensamiento y la vida de su hermano.

Observando su excepcional atildamiento en el vestir, sus distracciones frecuentes, y la impaciencia que á determinada hora le acometía, no tardó en apreciar indicios graves de culpabilidad, que la lectura de unos versos olvidados, y la vista de cierta tarjeta fotográfica, con dedicatoria tropical, elevaron á prueba concluyente.

La confesión innegable de los encantos de la pérvida, y la noticia que ya tuviera de su excelente posición, lejos de ser, como parecía natural, circunstancias atenuantes, agravaron enormemente la delincuencia á los ojos de Elena, que nunca vió otra cosa sino que alguien venía con sus manos bonitas á robarlas el cariño de Rafael,

y á intrusarse en una familia que juzgó indivisible, y, á la cual, al lado de su unión, importaban poquísimos todos los atractivos y todas las riquezas del universo.

Pasó algunos días en constante preocupación, resistiéndose á dar crédito á la evidencia; mas luego fué calmándose poco á poco, persuadida de que, si su hermano podía ser víctima de un extravío pasajero, era seguramente incapaz de olvidar sus deberes y de aflojar el lazo estrechísimo que le unía á su familia, compartiéndole con otra persona, bajo ninguna denominación y bajo ningún título.

Se abstuvo ella en absoluto de interrogar al ingrato; pues si, ya calmada, quiso en ocasiones dirigirle alguna indirecta relativa á sus escapatorias, conteníase de pronto, porque, en materia tal, hasta las bromas la hacían daño y hasta los chistes se la antojaban reconvenciones.

Rafael cohonestaba las ausencias nocturnas con los debates del Ateneo y las entrevistas con Vinuesa, y era fuerza creerle bajo su palabra.

Mas, debemos añadir, en honor de la verdad y en descargo del joven, que sus amores con Carmencita no entibiaron poco ni mucho la entrañable afección hacia los suyos, ni disminuyeron las atenciones y mimos que siempre les prodigaba.

Parecía, por el contrario, que el bribón redoblabá entonces los agasajos, como quien desea

hacerse perdonar algún pecadillo que le remuerde en la conciencia. Al terminar sus cátedras de la tarde, apresurábase á salir con las dos señoras, dando una vuelta por el Prado ó distrayéndolas con la vista de los escaparates y las visitas á los bazares. Después de cenar sacaba también con mucha frecuencia á Elena, llevándola á Variedades ó al vecino teatro de Lara, recién abierto á la sazón.

Solían ver no más que la primera pieza; pero era porque los consabidos debates del Ateneo reclamaban imperiosamente la presencia de Rafael.

Alguna vez, sin embargo, permitiéndose hacer novillos á la amorosa cátedra de la calle del Clavel, invertía esas horas en coloquios domésticos, y con ello, sobre adormir un poco los escrúpulos, gozaba el indecible placer de encontrar la noche siguiente de monos á la rubia y de aguantar una seriedad que duraba lo menos media hora, terminando siempre por inefables trasportes y efusiones extraordinarias.

Por lo demás, la familia Abarca vivía satisfecha y tranquila. No sobraban—es cierto—los recursos; mas tampoco sufrió privaciones, ni hubo necesidad de tocar al escaso remanente que aún quedaba en el fondo del talego aportado de Cintia.

Elena hacía, como siempre, maravillas en la gestión financiera del hogar; doña Dolores apenas tenía necesidades, y Rafael, tampoco despilfarraba

ba, aunque, educado con mayor regalo y laxitud por la complacencia de sus padres, se permitiera ciertos gastos, que en realidad resultaban impresionables en su edad y circunstancias.

En cambio trabajaba como un Titán desde la mañana á la noche, y conseguía una retribución suficiente para llenar todas las atenciones de la casa. Sacaba, como hemos dicho, de ambos Colegios un sueldo fijo de treinta y ocho duros mensuales, que después se elevó á cuarenta y cinco por espontánea iniciativa de los directores. Y éstos, tan satisfechos estaban de sus servicios, que, no pudiendo de otro modo, le significaron su deferencia, recomendándole á casas principales para ciertas lecciones de lujo que suelen solicitarse en tales Establecimientos. Tenía por aquí otro ingreso, que no bajaba de veinte duros, y que unía al producto de los artículos literarios que, de vez en cuando, enviaba á las revistas y periódicos de Madrid.

Sin los trabajos gratuitos que le impuso el despacho de Santón, y sin la quiebra periódica que el verano le acarrea, Abarca hubiera podido, en realidad, liquidar á fin de año con un pequeño *superavit*.

Luego que abandonó las tareas del foro, reanudó con éxito las Academias ó repasos mayores en las épocas oportunas; pero la esterilidad funesta de los estíos madrileños se llevaba ínte-

gras las economías conseguidas durante el curso.

Por eso no acababa él de estar satisfecho, ni creía afirmada la situación rentística, mientras no obtuviera el suspirado nombramiento de profesor oficial. Mas las contadas cátedras que vacaban en Madrid, unas se proveían por concurso, y otras eran de asignaturas de que no se juzgó preparado.

Había que seguir esperando la ocasión propicia, y, sin ceder en las tareas ordinarias que le proporcionaban el sustento, facilitar el éxito de las futuras oposiciones con los trabajos técnicos que, según le había dicho Miranda, constituyen la mejor recomendación.

Entre ellos, ninguno más adecuado para el objeto, ni más en armonía con sus aptitudes, que la redacción de una obra didáctica de Psicología. Cabalmente sus discípulos de ambos Colegios venían, en sus estudios, valiéndose de Apuntes, siempre molestos y ocasionados á errores de copia, y era prestarles un positivo servicio, confeccionar un texto ordenado y metódico.

Acometió, pues, la obra con verdadera fe, y la llevó á cabo con sujeción al programa oficial del Instituto; pero con plan propio y mayor amplitud en el desarrollo de la doctrina.

Campeaba en ella un criterio francamente espiritualista, cual convenía á la educación de los alumnos, y cual reclamaban sus convicciones en

esta materia; pero sin estrechez ni prejuicios; con gran copia de datos y con conocimiento pleno de los adelantos de la fisiología y de las teorías modernas, que, dando á la asignatura carácter antropológico, permiten aplicar el eterno *suum cuique* al análisis y explicación de los complejos fenómenos en que se manifiesta la doble naturaleza humana.

Resultó un compendio claro y nutrido de doctrina, que satisfacía las necesidades de su cátedra, y que bastaba para demostrar su competencia y poner el sello á la reputación obtenida en las discusiones del Ateneo.

Pero el darlo á la estampa era empresa para meditada con calma.

Rafael no podía acometerla, porque, careciendo de los necesarios recursos materiales, sabía de sobra, además, que los libros de este género, por buenos que sean, no son adoptados, ni por consiguiente productivos, si el autor no ostenta el carácter de catedrático oficial.

Expuesto estuvo á quedar inédito el apreciable trabajo; pero los jefes de ambos Colegios, de acuerdo con un impresor, á quien no abrumaban los encargos, procediendo con verdadero heroísmo, y aceptando el honroso papel de Mecenas, acordaron la publicación.

La edición se fué consumiendo despacito en los cursos sucesivos; y, aunque todo induce á

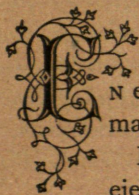
creer que el negocio no llegó á proporcionar coche á sus ilustres empresarios, los alumnos quedaron servidos, y Abarca satisfecho de poder añadir aquel nuevo título al expediente de sus futuras oposiciones.

Y quedan, con lo dicho, expuestas las vicisitudes, y reseñados los trabajos de Rafael Abarca, durante la prolongada situación conservadora que siguió al hecho de Sagunto.





X



N el año 1881, el partido liberal fué llamado á los Consejos de la Corona.

La iniciativa espontánea del Rey, ejerciéndose por primera vez en favor de las ideas avanzadas, vino á señalar la desaparición de los célebres obstáculos tradicionales, y evidenciando el buen sentido político de don Alfonso, afirmó su trono y ensanchó la base en que se asentaba la dinastía.

La verdad es que el país necesitaba ya un cambio de postura, y parecía difícil que Sagasta pudiera contener por más tiempo á las falanjes que guiaba por el desierto, á no facilitarlas pronto ingreso en la tierra prometida.

Tratábase de un partido numeroso, con extensas ramificaciones en provincias, y, si toda crisis

provoca animación y algazara en el campo político, la que mencionamos, por razones especiales y por la prolongada espectación del poder, debía producir singular ansiedad y enorme movimiento en la hueste triunfante.

Federico Bolaños, el amigo de Rafael y redactor de planta de *La Clépsidra*, pertenecía, como ya sabemos, al partido ascendente en uno de sus múltiples matices.

No se descuidó el mocito en aducir los méritos contraídos y en formular sus justas pretensiones á sacrificarse por la patria; y, con efecto, á los pocos días de instaurado el nuevo Gabinete, se contempló partícipe del presupuesto, como oficial de Gobernación, con el haber anual de cinco mil pesetas, en virtud de fáciles componendas con la ley de contabilidad.

Él pensaba pasar allí poco tiempo; pues, dotado de ambición y no falta de osadía, se había propuesto ir deprisa, siguiendo la carrera política con todas sus consecuencias.

Tenía cierto dón de gentes, locuacidad extraordinaria y tacto suavísimo para atusar á cada uno en la parte sensible.

Pasaba las mañanas en su despacho, las tardes en la oficina, y las noches en el Círculo del partido y en casa de sus prohombres. Esta última era su ocupación favorita, y la especialidad que se proponía utilizar para el logro de sus

esperanzas. Así es que, desde que Dios anoche-
cía, ya el buen Bolaños estaba en campaña, dis-
puesto á hacer la tertulia á los conspicuos de su
comuni6n, distribuyéndoles equitativamente las
noches de la semana.

Sabía él por intuici6n y experiencia, que la
amistad de los dioses es planta muy delicada y
sensible, que requiere esmerado cultivo, y que se
agosta flácida en cuanto la falta el riego de un
trato sostenido y frecuente. Por eso el hombre
aparecía en todas partes, no dejando que le olvi-
daran, y ofreciendo sus servicios, firme en mur-
murar de las ambiciones ajenas y en aplaudir las
del personaje que visitaba.

En su oficina se hallaba arrellanado en sendo
sill6n, con aire de importancia, y apurando he-
r6icamente un cigarro, cuando Rafael se presentó
para darle la enhorabuena.

—No me la dés—le contest6.—Este es para
mí un lugar de paso y una etapa obligada; por-
que estamos en un país donde no es lícito al genio
escalar las alturas, sino por trámites rutinarios.
Yo no quería por ahora colocarme; pero don
Práxedes se empeñ6, y no ha habido más reme-
dio que darle gusto.

—Bueno; pues como quiera que sea,—replic6
Rafael,—yo me felicito de tu colocaci6n, sin per-
juicio de reservar parabién más cumplido cuando,
en alas de tus méritos y ayudado por la fortuna,

te vea subir hasta alcanzar la cartera ministerial de este mismo departamento.

—Sí, chico; el camino es éste, y no hay que darle vueltas. El país está explotado, y por las profesiones vulgares sólo se va á la vulgaridad y á la prosa. Yo, que te quiero tanto, y que te conozco como nadie, desde que me repasabas los programas y me componías aquellos discursazos que luego pronunciaba en la Academia Aristotélica-escolar, siento muchísimo verte empeñado en tareas, que serán muy serias y muy profundas, pero que sólo han de producirte miseria y raquitismo. Sé que vales más que yo, y no debiera aconsejarte; mas en este punto concreto, y en cuanto se refiere al *modus vivendi*, me creo muy capaz de darte lecciones, que de seguro te con vendrán, porque eres algo inocente, y, lo que te sobra de delicadeza y sustancia gris cerebral, te falta de despreocupación y talandango. Conque, déjate de escrúpulos y pamplinas, y lánzate *per la diritta via ch' io te serviró de cicerone*. Sabes que tengo buenos amigos, y tendré mucho gusto en relacionarte con la gente de fuste y de poder.

—Lo agradezco en el alma, amigo Bolaños; pero sabes de sobra que no me llama Dios por la política. De tener un distrito por donde salir diputado, trabajaría—¡ya lo creo!—con entusiasmo y con fe para ilustrar mi nombre; y el distrito mismo quizá no perdiera nada con mi representa-

ción. Pero, lanzarme, así, como un advenedizo y un pretendiente más, en el oleaje de las facciones, es del todo contrario á mi carácter, y no puedo aceptarlo sin violencia. Además de eso, á los hombres políticos hay que cultivarlos en la oposición, y yo no soy fusionista, ni estoy afiliado á partido alguno.

—Bah; eres incorregible, y yo me propongo curarte de esas funestas aprensiones. Sé todo lo filósofo que te de la gana en la cátedra y en el retiro de tu despacho; pero, en saliendo de allí, te cogeré por mi cuenta, y te haré ver ese mundo político que tal vez te disgusta porque no le conoces. En él es donde se conquistan los distritos que tú ambicionas y los empleos como el que yo acabo de pescar. ¿Qué pierdes por asomar á él la nariz y trabar relación con media docena de prohombres? Nada; porque tiempo tendrás de retirarte, ya con pleno conocimiento de causa, si el asunto te sigue molestando. Lo dicho. Desde mañana comenzamos la exploración de lo que crees es el Sahara y á mí me parece el Paraíso.

—Bueno, repuso Abarca. No quiero que digas que desoigo tus consejos y que dejo de ensayar todas las soluciones. Puesto que tanto te empeñas, iremos alguna noche al famoso Círculo ó á casa de cualquier personaje de tu secta: pero, limitemos por ahora á uno solo la visita; pues fácil

será después estender la relación si la cosa me agrada.

—Quedamos convenidos, dijo Federico. Mañana á las nueve de la noche te espero en el Oriental, y, luego que tomemos café, te llevaré á casa de don Constancio Risueño, que es persona de empuje y grande amigo mío. Ya verás cómo encuentras allí distracción económica, relaciones en grande, y hasta materia de estudio para tus escauceos filosófico-sociales.

Y se despidieron con estrecho abrazo y palabras afectuosas de antiguos condiscípulos.

El día siguiente á las nueve, cuando Abarca llegó al Oriental, ya estaba esperándole Bolaños, que pidió acto continuo el servicio, y apurada que fué la poción, salieron ambos amigos, dirigiéndose á la calle de Relatores, donde vivía don Constancio.

Mientras ellos hacen la travesía diremos algo nosotros acerca de tal persona.

Era hombre de edad madura, expansivo y meridional de temperamento, burgués de origen y de aficiones, y abogado de profesion nominal; pues la suya verdadera nunca fué otra que la de muñidor político con todos sus requilorios y circunstancias.

Estimado por su consecuencia como liberal de abolengo, lo era además por la adhesión personal al jefe del partido, por lo plástico del carác-

ter, y por la facilidad extraordinaria con que improvisaba un discurso ó sorteaba un incidente parlamentario.

Tenía lo que se llama facundia natural, al servicio de una instrucción de segunda mano y de un talento claro, que, ó adivinaba las cosas, ó las aprendía facilísimamente, mediante un desarrollo especial del llamado sentido de *hacerse el cargo*.

Hombre profundo no lo fué nunca, y todos sus conocimientos en la ciencia social y política caían holgadamente en seis artículos de Gumer-sindo Azcárate.

Por lo demás, varón prudente, activo y con honradez, que trascendía desde luego, como los dejos y tradiciones del antiguo progresista.

No era ministro á la sazón, pero sí ministrable y de los más propincuos á la poltrona.

Dentro de la gerarquía ortodoxa de su partido, considerado como Iglesia militante, él venía siendo así como Arzobispo *in partibus infidelium*, Prelado doméstico de su Santidad fusionista, y asistente al sacro solio pontificio.

Y, como tan allegado era á la cámara apostólica, obtenía frecuentes mercedes, y colaboraba con autoridad propia en la obra difícil de acariciar amigos, entretener comités, apaciguar descontentos, é intervenir, en fin, en las cuestiones espinosas del personal.

Cuando Abarca y Bolaños llegaron á casa de

Risueño, reinaba en ella gran animación, y la extensa sala y los dos gabinetes contiguos, apenas eran bastante para contener la concurrencia.

No estando á la vista el prohombre, hubo que aplazar la presentación de Rafael; pero no corría gran prisa el cumplido, porque allí entraba todo el que quería; pudiendo desde luego terciar en los debates y considerarse como parte integrante de la reunión, puesto que nadie le preguntaba por su salud, ni por los títulos justificativos del ingreso.

Densas nubes de humo aparecían en la atmósfera, henchida de los acentos de diez conversaciones diferentes. Desorden y familiaridad inexplicables reinaban en el abigarrado conjunto, dividido en grupos de conferenciantes, de pie unos, y sentados otros.

La concurrencia no podía ser más heterogénea. Había allí altos funcionarios en activo, y ex-gobernadores civiles, al presente asaz necesitados; candidatos á la diputación, y meritorios del ramo de Estancadas; periodistas del partido y cesantes innumerables, que, en el rostro macilento, en el traje lustroso y en la voz desfallecida, revelaban ¡ay míseros! que no comían caliente sino por excepción muy rara.

Federico, acompañado de Abarca, recorrió lentamente los tres departamentos, distribuyendo sonrisas y apretones de manos á sus conocidos, y

suministrando á Rafael nombres y noticias biográficas de los más notables.

—Por razones de claridad y método—le dijo, —conviene dividir á la gente que ves en tres secciones principales. Pertenecen á la primera los pollos de la casa: cinco ó seis jóvenes, que son los adláteres obligados de don Constancio, su brazo, y la escolta de honor que le acompaña á todas partes, y forma como un apéndice á su personalidad. Ellos redactan la correspondencia de Risueño; hacen las notas de sus discursos; cuidan de que su apellido suene á diario en la prensa; desempeñan en su nombre las más delicadas comisiones, y, hasta quitan las motas de su gaban, cuando se dispone á salir. Alguno figura ya en las nóminas del Estado; pero la mayoría se reserva para cargos de confianza, cuando don Constancio entre en el Ministerio.

Componen la segunda sección, funcionarios ó ex-diputados ya conocidos en la política, y antiguos amigos de Risueño, á quien vienen á saludar de vez en cuando, y también á dejarle volantes y notas de recomendación, que él se encarga de apoyar.

Y, por último, la sección tercera, que es la más numerosa, está constituida por elementos variadísimos, sin más nota común que la de andar todos ellos á caza de la credencial. Hay en ella muchos héroes ignorados, cuya existencia es

un prodigio; porque sobran motivos para dudar que desempeñen con mediana regularidad aquellas funciones de la economía que se relacionan con la digestión. Los encuentro aquí, como los encuentro en todas partes, y forman una masa flotante que lo invade todo, un yacimiento geológico, reunido por acarreo, y momentáneamente consolidado por aluvión. Pero no tengas cuidado; cuando mañana vuelvas, aunque el personal varíe, como de seguro variará, el conjunto será el mismo, y su aspecto absolutamente idéntico.

Estos curiosos ejemplares dan idea de cómo anda el país, mejor que todos los tratados de Economía política. Siempre he tenido por verdaderas papas eso de que nuestro suelo sea feracísimo; de que Castilla sea el granero de Europa, y otras lindezas por el estilo, que corren como axiomas en una nación que jamás ha producido trigo para sí misma. Hoy, en presencia de estas gentes, y pensando en otras muchas que no están aquí, los tales axiomas me parecen crueles sarcasmos.

Ahí los tienes ejercitando todas las virtudes: la constancia en pretender; la fortaleza en luchar; la paciencia en el sufrir; la prudencia en el gastar, y hasta la templanza en el comer. No niego que habrá entre ellos holgazanes; pero hay también hombres cultos y laboriosos, que han llamado en vano á otras puertas, antes de acudir á la administración bienhechora.

Ofrece á esos calumniados un jornal de dos pesetas por escribir diez horas diarias, ó por otro trabajo compatible con sus fuerzas y con la educación que han recibido, y le aceptarán con verdadero júbilo. Luego los hombres se agarran aquí al presupuesto, por la misma causa que lleva á la perdición á la mayoría de las mujeres que se pierden: porque el país no ofrece recursos para todos, ó estos recursos andan muy mal distribuidos.

—Aunque no asienta—dijo Rafael—á todas tus conclusiones, estoy conforme, amigo Bolaños, en que la empleomanía es, á la vez, causa y efecto del malestar de España, que, en verdad, dista mucho de ser rica, ó, al menos, no lo es bastante para satisfacer las necesidades que sus hijos hemos tenido la grandeza y la previsión de crearlos para cuando lo sea. Mas, se me antoja que vas prolongando demasiado tus lucubraciones económicas, y entiendo que sería más oportuno acercarnos á alguien, mientras llega el dueño de la casa.

Y se agregaron, en efecto, al grupo inmediato, compuesto de seis ó siete personas, cesantes algunas de ellas, y pretendientes todas.

—Vergüenza da—decía un señor de edad avanzada, vergüenza da que un hombre de mis servicios, un hombre que, cuando el bienio, empezó de Oficial tercero en la provincia de Tarrago-

na, tenga ahora que mendigar un destino que se le debe por tantos títulos.

—Pues, y yo—repuso otro,—que me he batido el 56 y el veintidos de Junio; que fuí amigo de Calvo Asensio, capitán de milicianos y administrador de *La Iberia*, y ahora, el mismo Sagasta parece no conocerme y prefiere á los advenedizos y á los correligionarios del día siguiente? Les digo á ustedes que esto es intolerable, y que aquí no queda ya consecuencia, ni pudor, ni cosa que lo valga.

—Yo—añadió un tercero—he sido siempre progresista, y serví en Hacienda desde el 68; pero Camacho está distraído; no se cuida del personal, y así saldrán los intereses del ramo.

Y cada cual exponía sus méritos y circunstancias, lamentando la injusticia de la suerte y la ingratitud de los gobernantes.

De repente, un siseo iniciado en la puerta del salón, hizo cesar las conversaciones y disolverse los grupos. El orden se restableció en el momento. Era que entraba D. Constancio, afable como siempre, y repartiendo, al pasar, sonrisas y golpecitos en la espalda de los más conocidos, que se le acercaron al punto, formando semicírculo al rededor de la chimenea, donde fué á situarse.

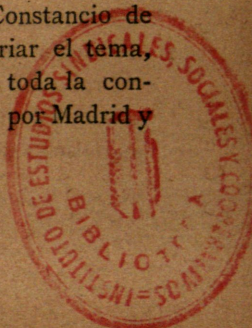
Trabó allí conversación amistosa con los íntimos, satisfaciendo sus preguntas y comentando las noticias del día. Cuando alguno se retiraba,

los puestos que iban vacando en la primera fila eran en el acto ocupados por los más inmediatos asaltantes, que, después de saludar á Risueño, le hablaban resueltamente de sus asuntos particulares, aludiendo á súplicas anteriores.

Don Constancio, que nunca desechó propuesta, ni contrarió pretensión, por descabelladas que fuesen, jamás se fijó tampoco en tales fruslerías; y, tan distraído era, ó tan llena estaba su mente de otras preocupaciones, que hubiese sido difícil hacerle repetir, dos minutos después, el encargo oído ó la palabra acabada de empeñar.

Cuando se veía acometido de esa suerte, hacía esfuerzos atroces por reconocer al interpelante y por acordarse del negocio en cuestión; mas, como esto no diera resultado, tomaba el partido heroico de callar; miraba sonriente á su interlocutor, y acariciándose el bigote, y haciendo signos maquinales de asentimiento, solía coger, por una palabra suelta, el hilo del asunto, y manifestarse enterado del mismo, con tanta satisfacción del proponente como vilipendio de la realidad de las cosas.

El fenómeno se repitió aquella noche diferentes veces, y, cansado, al fin, don Constancio de oír desahogos personales, creyó variar el tema, levantando la voz y dirigiéndose á toda la concurrencia, para preguntar qué había por Madrid y qué se murmuraba de la situación.



La respuesta, formulada por distintos órganos, fué idéntica en el fondo.

«La política iba bien; pero la gente adicta no estaba satisfecha; el personal no se renovaba; los conservadores seguían impertérritos en el disfrute de los mejores cargos; y en materia tal, nada revelaba el cambio de gobierno. Urgía satisfacer las justas aspiraciones de los correligionarios de siempre, para que el Gabinete pudiera moverse con desembarazo y confianza. Querían, además, que don Constancio ocupase pronto el elevado puesto á que le llamaban sus grandes dotes y sus insignes merecimientos dentro del partido, y estaban seguros de que él imprimiría carácter á la política, é impulso vigoroso á una administración que no podía continuar de aquel modo.»

Fué como salir de Málaga para entrar en Malagón; y Risueño, que era expertísimo en huir peligros y capear temporales, juzgó llegado el caso de aplacar los elementos y contener una avalancha de pretensiones que amenazaba envolverle.

Puso, pues, el paño al púlpito, y con tono enfático y ademán insinuante, contestó:

— «Señores: El Gobierno de S. M., aunque abrumado por las atenciones extraordinarias de toda situación incipiente, no descuida, ni por un momento, el asunto *magno* del personal, y sabrá ¡quién lo duda! cumplir sus compromisos y satisfacer las ambiciones legítimas de los hombres de

nuestra comunión. ¿Para quién han de ser los cargos de la Santa Iglesia, sino para los creyentes, y, sobre todo, para los ordenados *in sacris*? Mas, por lo mismo que la cuestión es delicadísima; por lo mismo que nuestro gran partido, tan fecundo en principios y doctrina, es opulento también en hombres de talla y de valer, impónese cierta sobriedad en los cambios, ó, mejor dicho, cierta lentitud en las remociones; no sólo para proceder con acierto, sino también para desmentir las indignas hablillas de nuestros adversarios, que nos acusan ya de trastornar codiciosos y de lanzarnos famélicos sobre una administración que estamos resueltos á regenerar.

Calma, pues, y confianza, señores. Tenemos situación para medio siglo. Todo se arreglará—yo lo garantizo,—sin olvidos lamentables, ni pretericiones injustas.

Mientras tanto, y para que la acción del Gobierno sea más desembarazada, y hasta más rápida, la consigna que se indica como salvadora, la que yo recomiendo á VV. con toda la eficacia de que soy capaz, se cifra en estas dos únicas palabras: —«No empujar.»

El auditorio dió muestras exteriores de asentimiento al discurso anterior; pues, aunque la situación de la mayoría no era de aquellas que se arreglan con sonoras palabras, no cabía, por el pronto, otra cosa que callar y resignarse ante el

rigorismo de conclusiones tan razonadas y terminantes.

Quedó don Constancio tan fresco después del *speech*, y aun se dispuso á abandonar su vivienda para gozar un poco de libertad y sosiego, que no eran posibles allí.

Bajo este punto de vista, Risueño era digno de lástima. Su importancia política pesaba sobre él con pesadumbre enorme. Le seguía á todas partes como sombra funesta, sin poder prescindir de ella en ninguna ocasión, y sin dejarle un momento para sus atenciones de familia.

Siempre político y nunca hombre, cuando se veía libre de la cohorte que le aprisionaba, so pretexto de acompañarle y servirle, iba, á su vez, á prosternarse y rendir parias al jefe del partido: que así lo exige la continuidad de la férrea cadena política, de la cual don Constancio no era, al fin, más que un eslabón, aunque muy importante.

Su casa, abierta á todas horas, no tenía un solo departamento reservado á la invasión de los irresistibles correligionarios, constituídos allí en tertulia permanente, y prontos á transformarse en guardia personal, en cuanto él intentaba salir.

Para escapar á tan crueles oficiosidades, tenía, el infeliz, que evadirse con precauciones inauditas, respirando, al fin, al encontrarse solo, con aquella satisfacción que experimenta un mucha-

cho que acaba de burlar el encierro que le impusieron en el colegio.

Su pobre señora, aunque acostumbrada ya á la atroz barahunda, no pudo soportar el extraordinario incremento que tomó cuando la exaltación del partido.

Desde el día mismo del triunfo, adoptó la providencia de permanecer lo menos posible en su morada, é invertía el tiempo en reuniones, teatros y visitas continuas á sus amigas.—Vengo—decía al entrar—á pasar contigo la tarde; y vendré muy á menudo, mientras esto dure. Soy una prófuga del domicilio conyugal, porque allí no se puede vivir. Aquello ya no es casa; es la esquina del Suizo; la Tertulia progresista, y el Asilo de San Bernardino; todo en una pieza.

Y así, desertando del hogar, conseguía conllevar la situación y sustraerse al martirio de los implacables partidarios de su esposo.

También don Constancio consiguió, en la noche que historiamos, abandonar la reunión y salir ¡oh ventura! sin el acostumbrado zaguanete de alabarderos.

De buena se libró el grande hombre; pues, apenas desapareció, surgieron de nuevo en la tertulia las impaciencias presupuestívoras, y, lo que es más grave, presentóse allí una comisión venida de su propia provincia, dando lugar á una escena que hemos de reseñar, por lo edificante y deliciosa.

Los pretendientes de Madrid, aunque pesados y correosos, son en general comedidos y fáciles de aquietar; mas, á las gentes de provincia, teníanlas Risueño un miedo invencible, huyendo de ellas como de la peste.

Los que se presentaron en su casa á las doce de la noche, eran tres individuos: presidente, vocal y secretario, respectivamente, del Comité liberal-dinástico de Cabezón del Peine.

Los dos primeros hablaban poco, y eran personas de edad, al parecer bastante inofensivas; mas el joven titular de la secretaría del mencionado Comité, ese hablaba por los tres, gesticulaba como catorce, y podía sin inconveniente andar á trompazos con la maza de Fraga.

Era un mozalvete pálido y nervioso, muy leído y *escribido*, un Licurgo de pueblo, con ambiciones de cacique y osadías de mosquetero.

Desde que entraron por la puerta, él fué el alma, el gallito y el *enfant terrible* de la reunión.

—¿No está D. Constancio?—dijo en voz alta. —Lo siento de veras, porque son muchos y muy graves los asuntos que tenemos que tratar. Nosotros somos miembros del Comité contitucional de la importante villa de Cabezón del Peine; liberales consecuentes; organizados durante la oposición; suscritores indefinidos á *La Iberia*, y adictos de toda la vida á la gente que hoy manda. Nuestros nombres figuran en los archivos del Co-

mité central; porque, en los días de la desgracia, estuvimos con él en relación constante, y son muchas las comunicaciones que conservamos escritas de puño y letra del mismísimo Sagasta, nuestro presidente honorario. Ahora los jefes parecen cambiados. Ni tiempo han tenido de contestar á nuestra felicitación, cinco veces reiterada, ni se satisfacen las justas aspiraciones de nuestra importante villa. Ya ven VV.; un pueblo que se llama Cabezón, y ni siquiera es cabeza de partido. Pero, á eso venimos nosotros: á obtener la capitalidad; á que se la condonen los atrasos; se la dote de Estación telegráfica, y se construyan dos carreteras que pasen por allí.

—Hombre; ya que se ponen, debían VV. pedir también Sede episcopal y Universidad literaria, —interpuso un chusco de la reunión.

—Y no se haría nada demás—continuó imperturbable el tremendo secretario,—porque Cabezón ha prestado eminentes servicios á la causa, sacando siempre triunfantes á los candidatos del partido. En cambio, pedimos bien poca cosa para nosotros, que tanto hemos trabajado por la idea. Con que se den los tres estancos á tres de nuestros amigos; se nombre Juez al hijo del Presidente; Administrador de Rentas al Vice; Concejales á los demás individuos; y á mí Diputado provincial, quedaremos por ahora contentos y satisfechos.

—Pero ¡cá! Si la cosa no lleva trazas. Si hace

ya un mes que subimos, y en el pueblo no se conoce tal subida, ni tales narices. Los conservadores siguen en la casa consistorial, cuando debían estar en presidio; los moderados mangoneando como siempre y perdonándonos la vida; y nosotros corridos y avergonzados, sin que los jefes nos atiendan. Y, claro; hasta los carcas nos hacen burla y se ríen de nuestra influencia. Mas ¡voto á bríos! que, ó las cosas se han de arreglar, ó han de oírnos los sordos.

—Ya nos están oyendo—replicó un tertuliano;—porque la voz de V., señor secretario, es capaz, por lo fuerte, de llegar hasta la Cibeles.

—Cierto es, señores,—continuó el energúmeno—que me he exaltado un poquillo; pero no es uno de mazapán, y hay cosas que irritarían al mismo Papamoscas.

¡Cuando recuerdo que estuve aquí hace dos años con una comisión del pueblo, y el Gobierno conservador nos recibió al pelo y nos sirvió á taco tendido! ¡Aquella sí que era gente de tacto y calidad! Yo llevaba la voz cantante, y no puedo olvidarlo. En cuanto entramos en Gobernación, se encaró conmigo Romero, y, dándome la mano, me dijo con amabilidad y franqueza. «¿Qué hay, pollo?»

Ya ven VV.; llamarme pollo á mí, cuando todo el mundo se lo llama á él, me parece que es distinción señalada y prueba grande de simpatía.

¡Oh! ¡Por qué no me iría yo con Romero, que me quiso conquistar, y Dios sabe lo que habría hecho de mí!

Pero la maldita consecuencia y el amor á la idea me retuvieron entre estos ingratos, á los que he servido con entusiasmo y desinterés, para que ahora Sagasta no me conozca, don Venancio no me reciba y Risueño no me haga caso. ¡Ah! Esto, señores, clama al cielo; esto no tiene nombre.

Y el Secretario continuó perorando, sin meter lengua en paladar, ni hacer caso ninguno de las interrupciones y carcajadas de la concurrencia.

Rafael y Bolaños, viendo que ya era cerca de la una, y que aquello prometía no acabar nunca, determinaron marcharse, aun sin esperar el regreso de don Constancio.

En cuanto salieron á la calle, formuló Abarca la siguiente pregunta:

—Dime, Federico: ¿es parecido al de esta noche el espectáculo habitual de la tertulia?

—Hombre, ahora la efervescencia es mayor, á causa del cambio de gobierno; pero, *mutatis mutandis*, claro es que siempre ocurre algo de esto en las casas de los grandes políticos.

—Pues, hijo de mi alma, yo agradezco muchísimo tu gran interés y excelente deseo; pero renuncio desde ahora á nuevas presentaciones. Ya te he dado gusto, y, con lo visto, basta y sobra para mí.

—Te quejas de vicio, ¡Rafael! Has conocido aquí á mucha gente; has pasado un rato delicioso; y, por añadidura, no te ha costado un cuarto. Eres bien injusto.

—Seré injusto, como dices, y aun quizá extravagante; pero, no puedo remediarlo. Estos espectáculos, que á tí te divierten, á mí me ponen triste. Es cuestión de temperamento. Yo soy muy débil de estómago y no puedo abusar de los eméticos. No censuro á nadie, y á tí mucho menos. Celebraré infinito que, por este camino, prosperes y subas hasta tocar los signos del Zodiaco. Yo me vuelvo al trabajo oscuro y á la senda vulgar, como tú la llamas, donde, si no se obtienen honores ni nombradía, se vive tranquilamente, y aun se forma una idea más elevada, y también más exacta, de la familia humana.

—Bueno, hombre, haz lo que quieras; pero no te incomodes. Yo no tengo la culpa de que el mundo sea así: le acepto tal cual es, porque no puedo reformarle. Cada uno tiene su manera de ver las cosas; pero consten al menos mi buena intención y mi invariable amistad hacia tí.

—Esa constará siempre de igual modo, por mi parte,—dijo Rafael.

Y los dos amigos, tras breve y sabroso comentario de los principales incidentes de la sesión, se despidieron en la Puerta del Sol, para ir en busca de sus respectivos domicilios.